

# La Esfera

26 Agosto 1916

Año III.—Núm. 139

ILUSTRACION MUNDIAL



ATENEOD E  
BIBLIOTECA  
RIP \*

UNA ALIADA, dibujo de Carlos Vázquez



DE LA VIDA QUE PASA  
**ORTEGA MUNILLA**

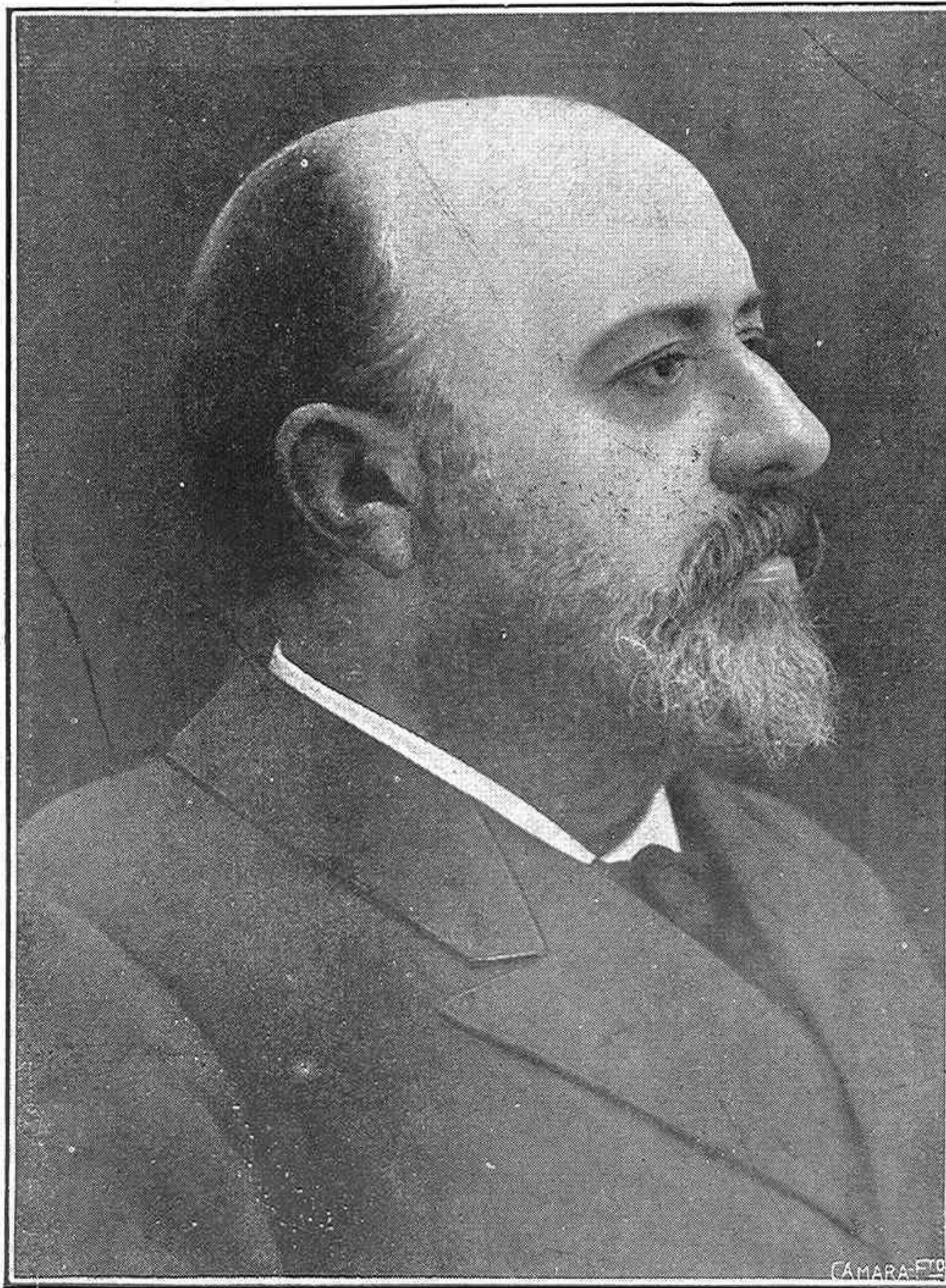


**C**UANTOS años hace? Treinta ó treinta y cinco. España, que no sentía inquietud por su porvenir, que vivía tranquila y confiada, que no creía posible que se la venciera en guerras ni que se derrumbara en unos años el imperio colonial que pingüemente nos enriquecía, se preocupaba mucho de la Literatura. Verdad es que en esta estimación por los escritores daba el tono y el ejemplo Cánovas del Castillo, de quien alguien ha dicho con toda razón que era el único político de la restauración que sabía leer. Y yo agrego: él y Canalejas.

Eran los tiempos en que doña Emilia explicaba á España la filosofía del Naturalismo y escribía las páginas humanas de *Morriña* y *Una cristiana*; en que apenas acalladas las discusiones que provocaba *El Escándalo*, de Alarcón, se enzarzaban las que surgieron en derredor de *Pequeñeces*, del Padre Coloma; en que la nación se dividía en dos bandos, siguiendo uno á *Clarín* y otro á Manuel del Palacio, resurrexos en la acritud agresiva de la polémica los buenos tiempos de Estébanez, Calderón y Bartolomé José Gallardo; en que cuantos sabían leer seguían afanosamente el análisis del Diccionario de la Academia que hacía Valbuena; en que Núñez de Arce soportaba resignado el desencanto que produjera *La Pesca*, su último poema... Sí, eran aquellos otros tiempos. Habría en España, como aseguraban las estadísticas, doce millones de analfabetos, pero entonces, los que de niños habían aprendido á leer, siendo hombres seguían leyendo. Sin duda influía en ello aquel decoro de cultura con que Cánovas del Castillo, sin perjuicio de dejar sueltas las manos livianas de Romero Robledo, dirigía la política. López de Ayala hacía compatibles el sillón presidencial del Congreso de los Diputados con el retablo de los comediantes en el Español. D. Juan Valera y Manuel del Palacio escribían sus críticas y sus poemas con la misma pluma que había trabajado en menesteres diplomáticos. Núñez de Arce llegaba, por contraposición, en el partido liberal, á ministro y á gobernador del Banco Hipotecario. Los que discutían en el Ateneo sabían que eran escuchados por los gobernantes, y la Prensa tenía algo que valía más que las rotativas que vinieron luego; tenía la fe de sus lectores.

En este mundo, tan distinto del nuestro, con haber cambiado tan poco el lugar y los personajes, había una alta y codiciada tribuna para cuantos escribían: *Los lunes de «El Imparcial»*. Allí, en su primera columna, en una sección titulada sencillamente *Madrid*, refulgía, relampagueaba, brillaba, fulguraba—todos los verbos que nacen de la acción de la luz y del color, debían emplearse—la crónica de Ortega Munilla. Al lado de la prosa hidalga y bien acompasada de D. Juan Valera, con sus tocas de casticismo, y al lado de la prosa gris y solemne y comedida de todos los escritores de la época, aquella ligereza de la prosa de Ortega Munilla, aquella gracia, aquella embriaguez de figuras retóricas, aquel buscar onomatópico en la palabra escrita la música y los matices que en la Naturaleza tienen todas las cosas, las materiales y las ideológicas, eran una revolución.

Todo el periodismo, toda la literatura se removían. Era el espíritu de Ortega Munilla, como una ráfaga de alegría andaluza que venía á des-



D. JOSE ORTEGA MUNILLA

entumecer la fatigada Prensa de D. Andrés Borego y Lorenzana, de Calvo Asencio y Alameda, de Vildósola y D. Valentín Gómez. La misma pasión invadía la novela que la crónica literaria, que el artículo político, porque este singular y único Ortega Munilla lo era todo; novelador, cronista y gacetillero. Algún hada había arrancado de su voluntad meridional las horas de desmayo, de desesperanza y de hoigamiento en que todos los andaluces somos vencidos, porque á las altas calidades de su entendimiento luminoso unía este raro é incomprendido hombre, la laboriosidad de un celta, la terquedad de un eúskaro y los afares de un cartaginés.

Así, mientras la envidia le cercaba y le enseñaba qué duras aristas tiene la adversidad para los que no han sacrificado una parte de su corazón al egoísmo de los demás, Ortega Munilla publicaba aquellas novelas de mocedad *Idilio líquido*, *Sor Lucila* y *Don Juan Solo*, llenas de idealidad en medio de la invasión de los naturalistas, que aquí parodiaban á Zola, y cada semana escribía la crónica de los *Lunes*, en las que está el germen y el principio de los coloristas, que con Salvador Rueda creyeron fundar una escuela literaria perdurable, y cada día trafagabeaba el artículo político, al que entonces se aplicaba con admiración un calificativo que parecía definitivo: *vibrante*.

En derredor de este temperamento, toda la Prensa se va llenando de luz. La nueva generación de periodistas políticos: Burell, Comenge, Tuero, Solís, Girard, los mismos hermanos Figueroa, el mismo Mellado y *Fernánflor* y Arous, se sienten impulsados, arrastrados por este afán del tropo, por este vértigo del calificativo, por

esta embriaguez del color. La política encontraba un poco de más realidad en la vulgaridad de Ferreras y en la sequedad austera de Troyano, pero en los demás que imitaban, consciente ó inconscientemente, á Ortega Munilla, la política era un pretexto para hacer una revolución en el idioma, ya que las otras revoluciones hondas y salvadoras que España necesitaba y sigue necesitando aún, no encontraban manos ejecutoras.

Así, desde lejos, desde la lejanía de mi provincia, conocía en mi mocedad á Ortega Munilla. Luego, andando los años, me llevó á su lado y trabajé con él. Como en todos los torzados de las galeras del periodismo, apenas quedaba en Ortega nada de literato. Hay en nosotros, no el desdén, sino el sentimiento de la ineficacia, de la esterilidad de la Literatura en España, sobre todo desde que fueron asesinados los dos únicos políticos de la Restauración que sabían leer. Acaso por eso se les marea.

Ser Galdós para acabar con la esa gloria que Galdós está acabando, no vale la pena. En cambio, desde el periódico sabemos que no vivimos más que el tiempo que tarda en caerse la hoja impresa de manos del lector, pero esta brevedad de minutos la vivimos intensamente. Y, luego, ¿qué es, qué puede ser en estos tiempos ser literato, nada más que literato?

Ortega Munilla creía que un periódico puede ser, debe ser, todo él literatura, y digno, todo él, de ser escrito por literatos. Nadie, como él, había llegado á poseer la fe y el entusiasmo de su oficio. Mientras dictaba el artículo de fondo, tijereteaba los demás periódicos, haciendo montones de recortes, que se proponía comentar; leía las cuartillas de los demás redactores y las llenaba de entrelíneas; abría impaciente los telegramas que iban llegando y los acumulaba bajo un pisapapeles, para ampliarlos él mismo; preguntaba cien veces por los noicieros de sucesos que no acababan de traer de la calle un poco de emoción, y llamaba otras tantas á los que habían estado en el Congreso ó en el Senado, ó en la Audiencia, ó en la Plaza de Toros; discutía airadamente, con aquella ira de chiquillo bueno y caprichoso, de la que luego él mismo se reía; leía todas las pruebas que la imprenta iba despachando, y en todas agregaba líneas de su mano... Era una fiebre superior á su voluntad. A su lado sentía uno la angustia de la pequeñez y la incapacidad; la angustia de no poder imitarle, de no poder seguirle, de no sentir aquella exaltada vocación que convertía en placer el tremendo esfuerzo de trabajo... Así, muchos años, desde las primeras horas de la noche á las postreras de la madrugada. Y, claro es, aquella labor de titán le hirió, y Ortega se alejó de nosotros. No hubo aquí jamás, otro más grande periodista que él.

Cuando comenzábamos á olvidarle, porque la política de ahora no necesita comentaristas de su valer, llega á nuestras manos una novela en que renace Ortega Munilla, literato. Antes de abrir este libro y de leerlo, lo he besado como besa una reliquia el creyente, y he escrito estas cuartillas. Porque no quiero que nada turbe la paz con que debo leer este libro, escrito por un hombre bueno, que tiene todas las gratitudes de mi corazón.—DIONISIO PEREZ

# CIUDADES ALEMANAS



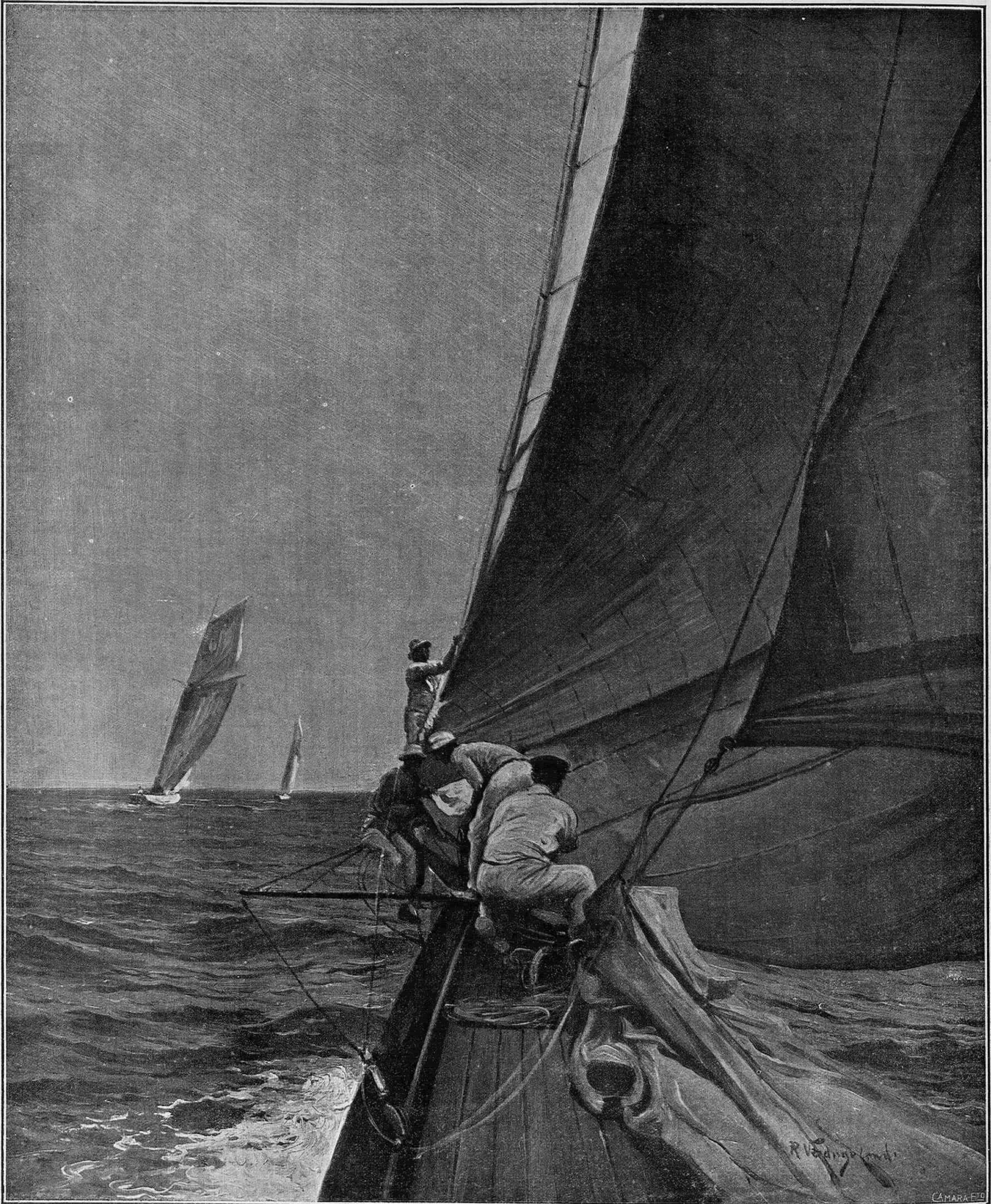
ATENEODE  
BIBLIOTECA  
MURRID

LA TORRE DE LOS LADRONES, EN LINDAU (ALEMANIA), A ORILLAS DEL LAGO DE CONSTANZA FOT. WEHRLI

LAMARA-FOTO

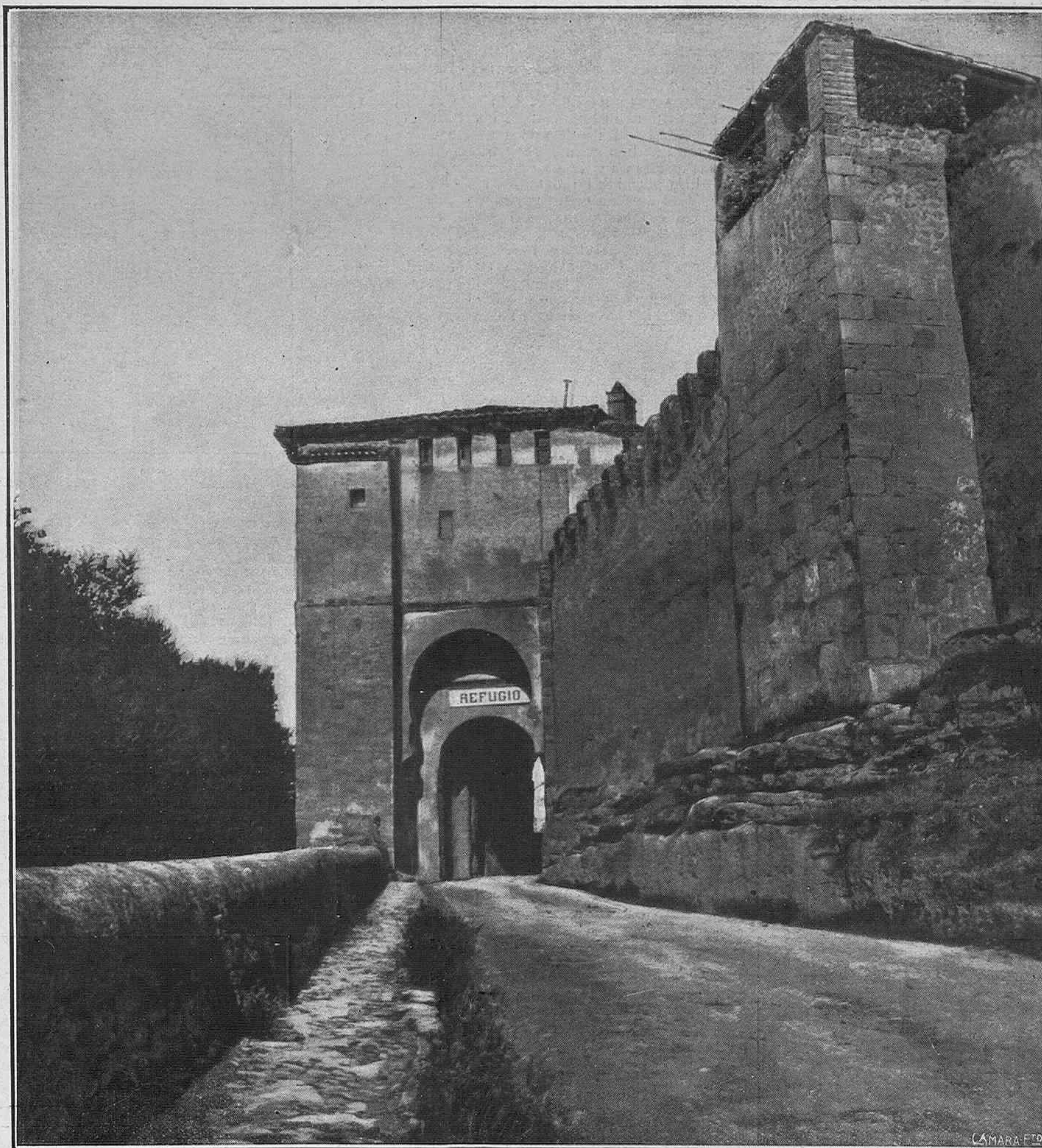
LA ESFERA

# PÁGINAS ARTÍSTICAS



EN LAS REGATAS, cuadro de R. Verdugo Landi

# PIEDRAS SEGOVIANAS



ATENEOD E  
BIBLIOTECA  
MADRID \*

Arcos de San Cebrián y de Santiago,  
que al campo miran y del campo esperan...  
La media tarde pone  
oro de sol en sus doradas piedras;  
sobre el ensueño azul del claro cielo  
se recortan melladas sus almenas,  
y los rabos de inquietas lagartijas  
se mueven en lo negro de sus grietas...

Arcos de San Cebrián y de Santiago,  
bajo vosotros entra  
en la ciudad, atávica y yacente,  
la vida de la aldea:  
los rucios caballejos,  
con los que sobran acieate y rienda,  
por que han andado ya miles de veces  
la misma carretera;  
el tiburí saltante de algún médico;  
el carro con la renta  
que al marqués, libertino y descuidado,  
le colmará de oro la panera;  
el clérigo rural; el estudiante  
que no termina nunca su carrera;  
la doncella que viene á buscar casa,

porque ya no es doncella;  
y los hombres de Hontoria y la Lastrilla,  
duros los ojos y las barbas viejas,  
que vienen á vender en el mercado  
melones y sandías de la tierra.

Arcos de San Cebrián y de Santiago,  
en heroicas épocas,  
bajo la resonancia de las bóvedas,  
plegadas las enseñas,  
los nobles rodeados de la plebe,  
bajaban á la orilla del Eresma  
para probar la fuerza de su brazo  
en ejemplos de brío y de destreza...  
¡Marqueses de los Arcos, de Lozoya,  
de Alpuente y de Dillena,  
á cuyos nietos retrató Velázquez  
en su riente rendición de Breda!  
¡Mascaradas históricas,  
aristocracias viejas,  
clarines, alazanes, atambores,  
pajes de estribo y rienda,  
y un rago de sol rubio, que como una  
mariposa traviesa,

salta desde el acero de una espada  
al oro de una espuela!

¡Arcos de San Cebrián y de Santiago!  
¡Ciclópeas almenas  
de esta torre gigante, que es Segovia,  
toda de sol y piedra;  
que en medio de Castilla se levanta,  
con su alcázar soberbia,  
y su acueducto insigne,  
y sus catorce iglesias,  
y sus palacios señoriales, muertos,  
en las muertas plazuelas,  
donde crece la yerba del olvido,  
bajo el olvido de las horas lentas!

Arcos de San Cebrián y de Santiago,  
en las noches serenas,  
entre el murmullo de los chopos verdes,  
bajo el temblor de luz de las estrellas,  
con otros tiempos y con otras noches,  
los viejos arcos sueñan...

Juan José LLOVET

FOTOGRAFÍA DE HERACLIO S. VITERI

# LA EXPOSICIÓN DE VALENCIA



"María Luisa", por Ignacio Pinazo Martínez

Joaquín Sorolla ha concebido una idea simpática y digna por todos conceptos de ser alentada y elogiada: construir en Valencia un gran Palacio de Artes e Industrias.

Para ello el maestro pone todo su entusiasmo, su actividad y su inteligencia al servicio de la idea, y no conforme todavía, solicita el concurso de cuantas entidades y personalidades puedan serle útiles.

Como una manifestación de lo que Valencia significa actualmente en la vida artística española, comienza Sorolla su empresa organizando la «Exposición de la Juventud valenciana». No ha necesitado recurrir a los maestros definitivamente consagrados. Le bastó con la juventud. Todo artista que haya cumplido cuarenta años no pudo concurrir. En arte no sucede como en política, donde existen ancianos en las juventudes de los diferentes partidos.

La exposición ha sido un gran éxito, aunque el fallo, por razones que al final diremos, no fuese todo lo justo que debió ser.

Se celebró en los claustros de la Universidad y concurrieron a ella ciento trece pintores, die-

ciocho escultores y diecisiete ceramistas, que exponían cerca de setecientas cincuenta obras.

El veinticinco por ciento del importe de las ventas se ha destinado a la caja de la Junta ejecutiva para la construcción del Palacio. A esta cantidad se ha unido el importe de varios premios que han cedido generosamente algunos de los artistas a quienes se les otorgaron.

Los premios importaban 12.550 pesetas, y en la lista de donantes figuraban S. M. el Rey, el Presidente del Consejo, los pintores y escultores valencianos Sorolla, Pinazo, Muñoz Degraín, Benlliure (Mariano y José), Agrasot, etc., y diversas entidades artísticas de Madrid, Barcelona y Valencia. Se han dado importantes conferencias y conciertos durante el tiempo que estuvo abierta la exposición. Y como admirable ejemplo de lo que significa en Valencia el arte de la cerámica, el ilustre artista y escritor Manuel González Martí, que ha popularizado en la caricatura el pseudónimo *Folchi*, presentaba una colección de objetos cerámicos, desde los primitivos hechos sin torno y cocidos al sol, hasta los más recientes de Manises.

Figuraban en ella ejemplares de origen grie-

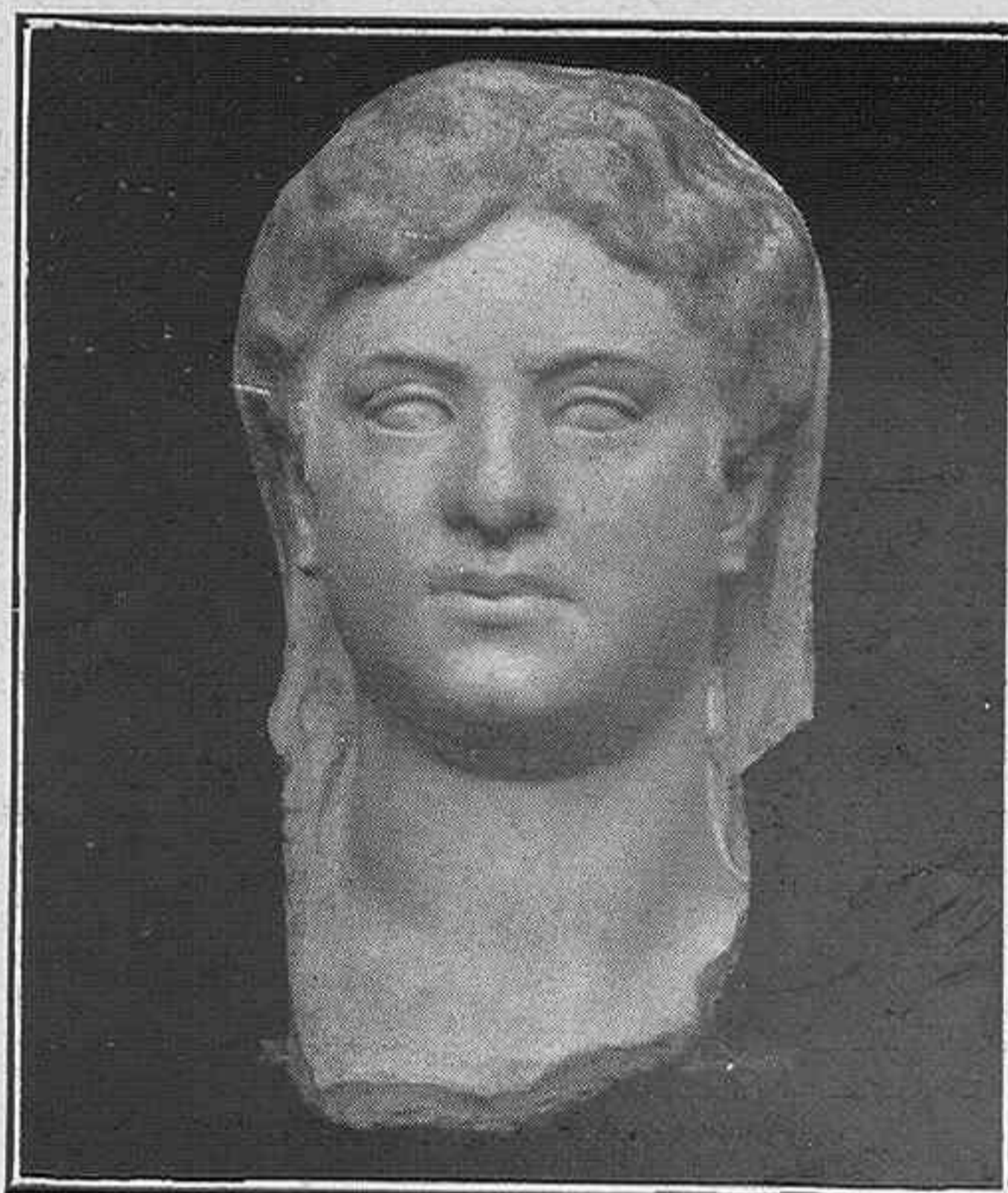


"Olimpia de Mérida", por Ignacio Pinazo Martínez

tuladas *En la pradera, Flores y frutos, La de la rosa en los labios, Maja de las campanillas, María Teresa, Claveles rojos y Retrato de la señora de Morayta*. En todos estos lienzos la pompa colorista, la exuberancia cromática y el buen gusto para las armonías patricias, representativos del arte del joven maestro, resalta por modo maravilloso. Su éxito de prensa y de público ha sido unánime.

Seguían en importancia a los de Pinazo los envíos de Víctor Moya, pensionado por la Diputación Provincial de Valencia y que desde hace algún tiempo logra destacar valientemente su personalidad en retratos de una gran sinceridad estética y de un gran dominio de la paleta.

Bartolomé Mongrell, además de ocho lienzos, exponía varios apuntes y un cartel del Círculo de Bellas Artes, muy bien concebido y resuelto; el paisajista La Cárcel cuarenta notas de diversas regiones españolas; Emilio Ferrer, en quien comienza a cuajar un artista consciente y capaz de grandes audacias luministas; los pensionados en Roma Salvador Tuset y Tomás Murillo, no exentos de interés; el formidable dibujante



"Deméter", por Ignacio Pinazo Martínez

go, etrusco y saguntino; de los siglos XII al XIV, procedentes de Paterna y Orvieto; azulejos valencianos muy característicos de los siglos XV y XVI con marcada influencia persa y árabe, y también de la clase llamada *galua*, verdaderamente típica.

Completó el Sr. González Martí su admirable instalación con numerosas acuarelas reproduciendo azulejos encontrados en Museos y palacios italianos, así como unos cartones con la reconstrucción de los pavimentos valencianos hechos por encargo del papa Alejandro VI para el Vaticano y el Castillo de Sant Angelo.

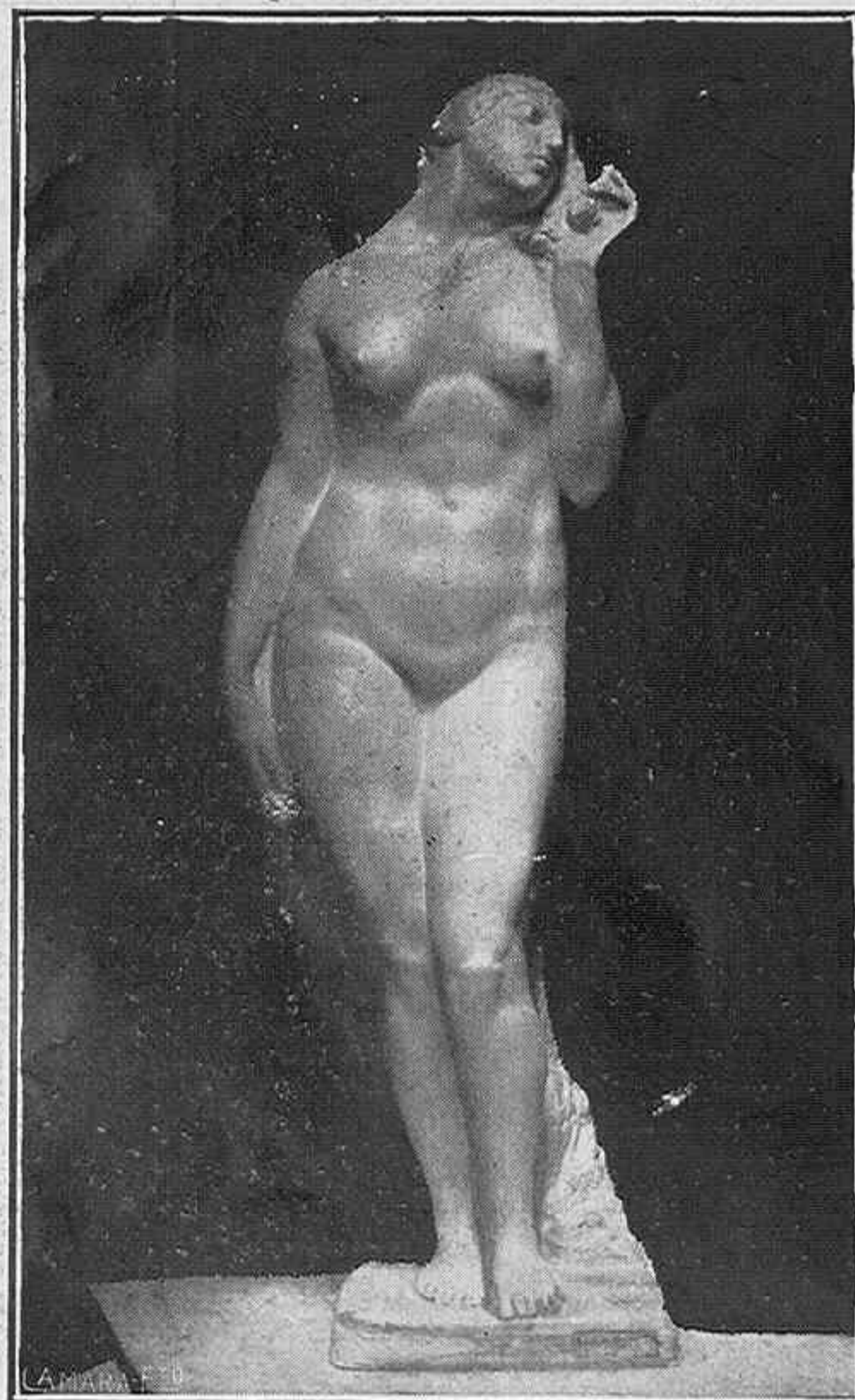
ooo

Interesante novedad de esta exposición fueron los envíos de María y Elena Sorolla, hijas del insigne autor de *Triste herencia*.

María Sorolla presentaba treinta y ocho obras entre paisajes de España y de Norte América, con alguna que otra figura. No desmiente la joven pintora su filiación artística. Ese luminismo franco, espontáneo, vigoroso que constituye la esencia del sorollismo, estaba latente en las obras de la gentil artista, a quien, seguramente, aguardan muchos triunfos.

Elena Sorolla presentó cinco bustos igualmente notables, modelados con mucho brío y con un moderno sentido decorativo digno de alabanza.

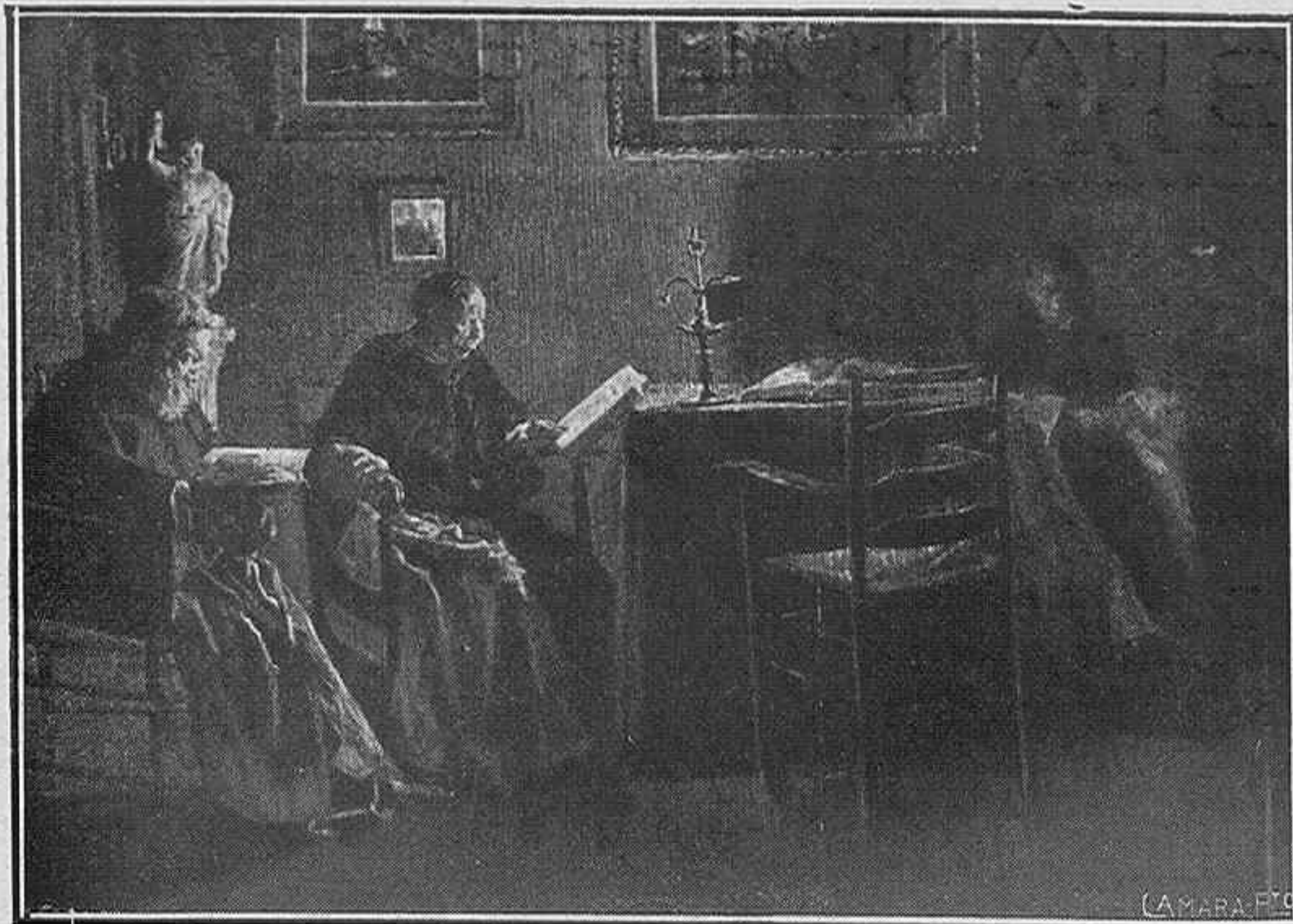
En la sección de pintura destacábase principalmente la instalación de José Pinazo Martínez. El ilustre artista que con *Floreal* acusó la máxima perfección de su técnica y a quien la medalla de oro justamente otorgada en la última exposición ha puesto al frente de todos los jóvenes pintores valencianos, presentaba siete obras ti-



"Ensueños", por Vicente Navarro



"La Maja", por R. Alemany



"Viejos teólogos", cuadro de V. Carreres



"Casamiento cañí", cuadro de V. Carreres

Vicente Carreres, y los Sres. Benlliure, Ortiz, Capuz (Pascual), Esteve, Ruano, Mellado, Verde, Manaut, Pons, Arnau, Marco, Isla, etc.

En escultura abundaban los envíos positivamente valiosos. No en vano figuraban en ella artistas del prestigio de Capuz, Navarro, Pinazo Martínez, Francisco Marco, Bargues, Vicent y Alemany. Además de una pléyade de jóvenes que caminan con segura y laudable orientación.

En la sección de grabado obtuvieron excelente acogida las aguas fuertes de Luis García Falias en primer término, y después las de León Bergadé y Rigoberto Soler.

En la sección de cerámica figuraban trabajos de Carot, Chust, Gisbert, González, Hervás, Hueso, Llopis, Mayal, Martínez Ballester, Marí, Marmen, Meseguer, Momparler, Montoro, Mora Catalá y Sanchis.

Estipulado en el Reglamento que los expositores solamente votarían el premio de honor, llegado el momento de la adjudicación de recompensas, acordó el Jurado que votasen además los restantes premios. Veamos lo que dice a este respecto *El Diario de Valencia*, uno de los periódicos más prestigiosos de la capital:

«Fué un desacierto conceder beligerancia á muchachos que todavía no saben lo que es un lápiz y juzgan á artistas que están consagrados por la opinión y por el Estado con recompensas de importancia y que ahora han quedado sin el galardón que merecían muy justamente. Creemos que esa dejación de los derechos que el reglamento de esta Exposición concedía, ha estado muy mal, y cualquiera de los perjudicados podía reclamar y tal vez lo hecho no sirviera para nada, por esa alteración de reglamento.»

»Este decía que un jurado compuesto de personalidades competísimas concedería los premios, y sólo los expositores votarían el de honor.»

Los primeros premios fueron concedidos en la siguiente forma: Premio de honor de S. M. el Rey, al escultor José Capuz. *Pintura*: primera medalla, Salvador Tuset; consideración de primera

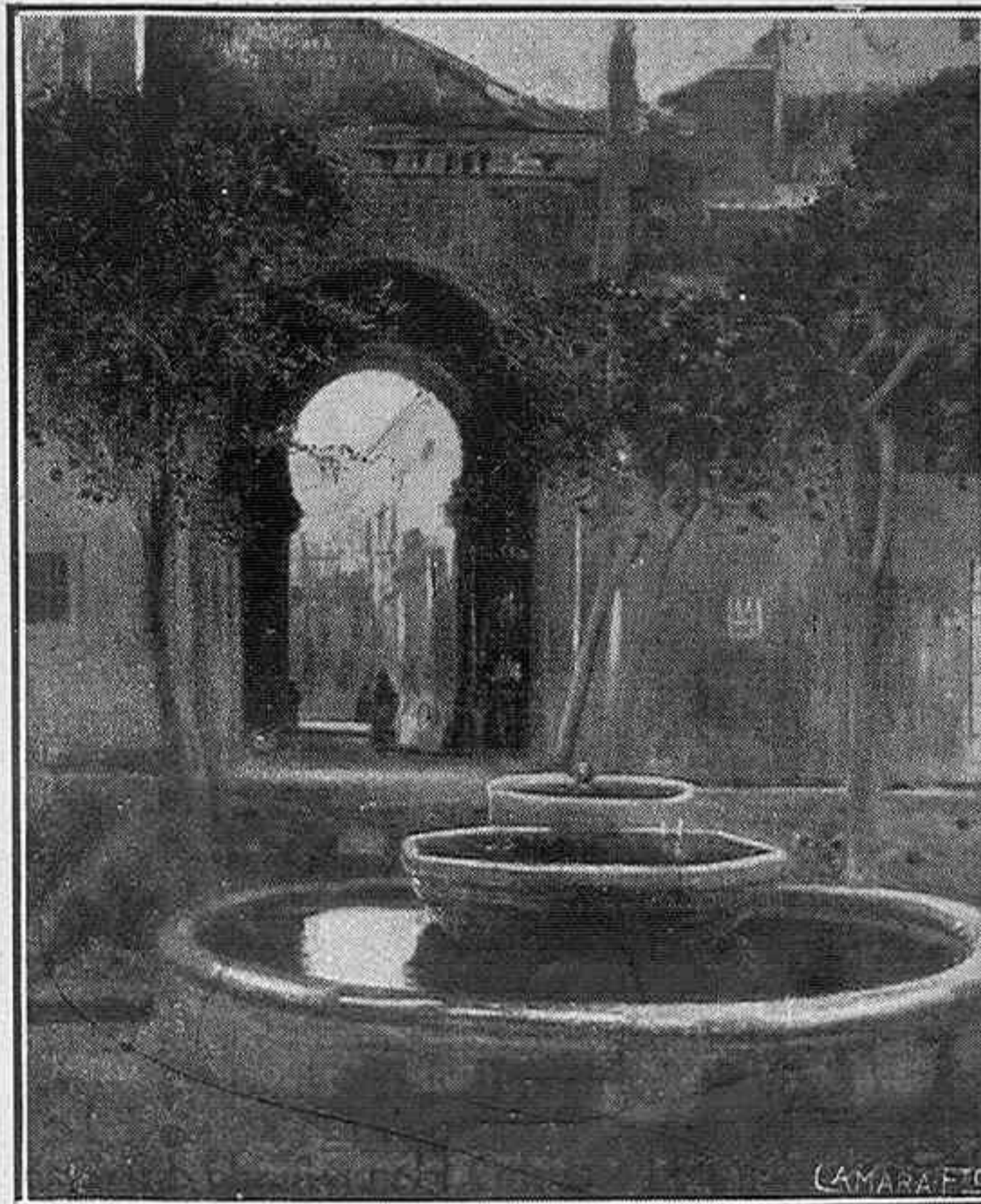
medalla, José Pinazo; segundas medallas, Mongrell, Isla, Claros y La Cárcel; premios especiales, Moya y Verde. *Escultura*: primera medalla, Francisco Marco; consideración de primera medalla, Julio Vicent; segundas medallas, Benloch y José María Martínez.—S. L.



Instalación de Pinazo Martínez



"La madre", óleo por Tomás Murillo



"La Puerta del Perdón" (Sevilla), por Félix Lacarcel



"Retrato", al óleo, por Benet



## CUENTOS ESPAÑOLES



## EL NOVELISTA

CUANDO anunciaron á sir Horacio Watson la llegada de su hijo, estaba ante la mesa de trabajo examinando un papel. Este papel era un contrato firmado el día anterior en Londres con Walker Collins y Compañía, gran agencia literaria encargada de dar alimento á las primeras publicaciones del Reino Unido y sus colonias.

Un *trust* se había formado para monopolizar y explotar la imaginación del novelista, como si fuese una mina de combustible, una caída de agua ó una línea de navegación. Las historias inventadas por él tenían un auditorio de ciento sesenta millones de seres. Su nombre era buscado en revistas y diarios por la solterona inglesa que vive en su *cottage* entre gatos y perros, por el estudiante, más dado á las regatas que á los libros, por la dama que se aburre en una avenida rica de Nueva York, por el ganadero del Canadá, el minero del Cabo, el oficial de guarnición en la India, el colono de Australia y Nueva Zelanda, y hasta por los hombres perdidos, como ermitaños del trabajo, en un atolón de coral de las soledades del Pacífico. Al contar las aventuras de los exploradores de océanos y desiertos, los hijos de los Pares habían abandonado el regalo de sus palacios para convertirse en vagabundos de la navegación ó de las selvas. Luego hizo estremecer á millones de seres con el relato de crímenes

misteriosos, cada vez más intrincados y oscuros en el curso de los capítulos, hasta que en la última página se hacía la luz inesperadamente con una solución siempre distinta de todas las que el lector se había forjado en sus febriles cavilaciones. El antiguo caballero andante lo había resucitado, dándole la forma del detective astuto, sabio y fuerte. Y sus héroes corrían el mundo, rodeados del noble ambiente que acompaña á los defensores de la inocencia.

Ahora acababa de declararse la guerra, y el director de la casa Walker Collins y C.<sup>a</sup> había ido á su encuentro, con la precipitación del buen industrial que husmea un cambio de moda y procura asegurarse el monopolio de las nuevas materias. De su pequeña maleta de hombre de negocios extrajo telegramas de Chicago y Melbourne, papeles firmados en la City, una documentación en regla que le acreditaba como embajador plenipotenciario de todos los príncipes soberanos del papel impreso en los diversos pueblos que hablan inglés. El discurso con que acompañó esta presentación de credenciales fué breve.

—Sir: el detective está en quiebra y el soldado en alza. En la plaza es grande la demanda de historias de guerra. Todos piden el mismo artículo; ¿puede usted servirlo? He preferido dirigirme á usted antes que á otros productores.

La discusión sobre el precio fué breve y rápi-

da; un encuentro de monosílabos, un choque de cifras, sonoro como golpeteo de espadas. Al final, Walker Collins y C.<sup>a</sup> extendió su manaza abierta con un gesto de invitación. «¿Top?» El grande hombre abandonó su diestra gloriosa: «Top». Y el negocio quedó hecho.

El día antes, sir Horacio Watson había abandonado su lujosa residencia de campo para ir á Londres, llevando una pequeña maleta de mano, igual á la que usan los escribientes de notario para guardar sus papeles; una bolsa de cuero amarillo, oscurecida por el tiempo; un recuerdo de sus años de miseria que no quería abandonar, tal vez por la atracción que ejerce todo lo que evoca la perdida juventud. Su interior, que había guardado en otras épocas pedazos de pan y plebeyos embutidos, entre cuadernos de versos y novelas rechazadas por los editores, tenía ahora más nobles usos. Del castillo al centro de Londres llevaba en sus raros y solemnes viajes varios paquetes de hojas de papel cubiertas de renglones. Perdida en la cornisa de la red destinada á los equipajes, se bamboleaba pretenciosamente, siguiendo los movimientos del vagón, para que las otras maletas, más ostentosas y brillantes, se convenciesen de su importancia. ¿Qué contenían todas ellas? Ropas finas y objetos de tocador de las damas elegantes que ocupaban los sillones, papeles de negocios de los graves caballeros.



—Yo parezco pequeña y soy grande como el mundo—cantaba entre el *ric-ric* de maderas y metales—. Voy á desdoblarme hasta lo infinito. Ahora soy uno, el mes próximo seré cien mil, dentro de un año medio millón. Pobre y fea como una larva de papel escrito, voy á estallar en inmenso enjambre de mariposas de papel impreso que volarán por ciudades y campos, se extenderán sobre los mares, invadirán países lejanos, islas cubiertas de selvas, tierras dormidas bajo la nieve... Nadie adivina mi importancia. Soy como mi dueño, ese señor bajito y membrudo, con la cara rojiza y algo arrugada, el bigote cano y recortado, que fuma abajo su pipa, leyendo un periódico. Sus compañeros de viaje le toman tal vez por un Mayor del ejército de la India, y se equi-

—Vamos á Londres, donde nos espera Walker Collins y C.<sup>a</sup> para que nos dignemos aceptar unos cuantos millones. Mi amo, con las historias que se saca de la cabeza, va á ganar más dinero que sir Jellicoe, que manda la flota; más que sir French, que dirige el Cuerpo expedicionario; más que sir Edward Grey, que desenreda las madejas diplomáticas en el *Foreign Office*.

Nadie la escuchó. En la cornisa de la red, la ordenada formación de maletas y sacos se mostraba meditabunda y taciturna, lo mismo que la doble fila de personas sentadas abajo. Todos pensaban en la guerra. Y en medio del silencio volvió de Londres al castillo, llevando en su interior el más extraordinario de los documentos.

A la mañana siguiente, el novelista quiso re-

contratos á razón de una cantidad por página. Una gran revista de Londres, para asegurarse su colaboración, le pagó varios chelines por línea. Empezaba la era del detective triunfante. Años después, un *magazine* de los Estados Unidos venció á todos sus rivales con una proposición hecha por cable. Sus novelas serían pagadas en adelante á tantos chelines... por palabra. Y los otros editores, para no quedarse atrás, aceptaron el sistema. Ahora tenía ante sus ojos este contrato, que era el triunfo definitivo de su vida. Imposible ir más allá: le pagaban á un chelín por letra cuantas historias maravillosas quisiera inventar sobre la guerra. Y su imaginación, dejando á un lado las ficciones novelescas, hacía cálculos positivos.

La guerra, según lord Kitchener, podía durar



vocan. Mi amo es sir Horacio Watson; el novelista Watson, famoso en toda la tierra.

Al volver de estos viajes, con el vientre algo flácido, la maletilla callaba, procurando pasar inadvertida, con la prudencia que inspira el peligro. En su interior dormían ocultos—entre varios encargos hechos por la segunda señora Watson—fajos de papeles salidos de las prensas del Banco de Londres, documentos que atestiguaban un reciente depósito de dinero hecho por el novelista, cuadernos de cheques en los que no había más que trazar dos líneas y un garabato para que al momento surgiese un manantial sonoro de libras esterlinas.

El último viaje había sido algo molesto para su orgullo. En vano se agitó, queriendo convencer de su importancia á los equipajes que la oprimían con sus flancos de cuero barnizado.

leer este papel, con la pipa en la boca y la camisa arremangada sobre los nervudos brazos, facha en la que no se hubiese atrevido á arrostrar, por nada del mundo, la presencia de la joven lady Watson, intransigente en materias de corrección y buen aspecto.

Todo lo de Inglaterra es grande. Nelson tiene su columna en *Trafalgar Square*; Wellington su león en el campo de *Waterlón*; Horacio Watson tenía su contrato ante los ojos, con unas cifras estupendas que le hacían rodar por la escalera de su memoria hasta detenerse en los últimos peldaños, ó sea en su juventud. Las primeras novelas las había cedido gratuitamente á un editor en quiebra, después de grandes esfuerzos para que se atreviese á probar fortuna con su nombre. Luego había cobrado por volumen; después por capítulos, y á continuación de su primer éxito, hizo los

cinco años, y él se sentía con fuerzas para atender todos los compromisos de su clientela. Hizo números mentalmente. Este período representaba medio millón de libras esterlinas; dos millones y medio de francos por año. ¡*All right!* Había que ponerse á inventar inmediatamente astucias inéditas, máquinas prodigiosas, relatos que satisficieran la necesidad que sienten los humanos de algo maravilloso cuando el dolor y el peligro les hacen retroceder á la infancia.

Su egoísmo apreció la guerra como un invento de la guerra, deseosa de favorecerle, una vez más. Iban á sufrir muchos los pueblos; pero él, hombre excepcional, quedaría al margen del cataclismo, viéndolo á distancia, como el pintor ve á su modelo. Estaba muy alto para que le alcanzasen las salpicaduras de la desgracia.

Inglaterra, que instituye un «poeta laureado»

BIBLIOTECA  
MADRID

EVARISTO DE SOTOMAYOR

para hacer olvidar la obscuridad en que tuvo á Shakespeare, y concede títulos de nobleza á los novelistas modernos, después de no haber dado nada á Dickens, le había conferido el título de *baronet*. La primera señora Watson se marchó de la vida asustada y encorvada por el repentino chaparrón de dinero y honores. ¡Pobre figura pálida y tímida!... Su glorioso marido la veía aún escribiendo en un cuadernito, mientras al otro lado de la mesa trazaba él sus primeras novelas, en el ambiente frío de la miseria. La infeliz pugnaba por armonizar las líneas desiguales, como un poeta que pelea con los versos. «Tanto de carbón»... «Tanto de pan». Y nunca conseguía que rimasen perfectamente los limitados ingresos con las necesidades de la vida y las exigencias de los acreedores. Luego había arrastrado su viudez por los salones, donde su fama creciente y su título de *sir* acabaron por trastornar la imaginación de la novena hija de un obispo anglicano. El novelista convirtió en lady Watson á este ser fino y frágil, separado de él por una distancia de veinte años. Así como otras mujeres poseen el don de las lágrimas, ella disponía del rubor, y una oleada pudorosa arrebolaba á voluntad su rostro de niña, dando nuevo atractivo á los ojos azules y cándidos. Sus ocho hermanas iban por el mundo repartiendo Biblias y regalando piezas de lienzo á los salvajes para que pusiesen un telón á sus vergüenzas. Ella era una pagana, adoradora de la vida, dispuesta siempre á pasar el Estrecho, á ir á París y otras ciudades de pasiones desordenadas. Por las noches, Watson tenía que ponerse de frac para comer á solas con lady, sufriendo el tormento de privarse de su pipa. Pero al verla aparecer en lo alto de la escalera del *hall*, con dos enormes flores en las sienes, vestida como una sacerdotisa egipcia, pequeña, grácil y con remilgos infantiles, á pesar de sus treinta años, reconocía que la vida es hermosa y guarda interminables satisfacciones.

Además, tenía su castillo, su parque enorme, dos automóviles Roll-Royce, la marca más cara del mundo, caballos y perros alojados con mayor comodidad que las mujeres y los niños que vagan por la noche en Londres, depósitos en los Bancos, acciones de Empresas en los cinco continentes, su pluma, que era una mina inagotable... y sobre todo esto, tenía á su hijo Heriberto, único rastro que había dejado la primera señora Watson de su paso por la tierra.

El novelista se acordó de que este hijo acababa de llegar inesperadamente al castillo, y bajándose las mangas de la camisa, dió orden á un criado ceremonioso y vestido de frac para que fuese en su busca.

□□□

Cada vez que en un Museo contemplaba una estatua de varoniles y armoniosas formas, se decía con orgullo: «Es igual á Heriberto.» El impudor tranquilo de los *sports* le había permitido apreciar muchas veces la desnudez atlética de su hijo como la mejor de sus obras.

Al verle entrar en el despacho admiró una vez más su energía serena, majestuosa y reposada de estudiante acostumbrado al cultivo muscular, á los juegos de lucha, al culto de la fuerza física. La juventud universitaria alemana se acuchilla el rostro en los duelos de Heidelberg, sin más objeto que el de afearse con ostentosas cicatrices. Los ingleses de Oxford y de Cambridge luchan en las regatas de Henley, remo en mano, como los héroes de Atenas, ansiando realizar en sus cuerpos la armonía de la fuerza y la belleza buscada por los artistas griegos.

No sentía la menor duda acerca del porvenir de su hijo. Era rico, era noble, gracias á él, que había hecho la peor parte del camino llevándolo en hombros. No tenía más que dejarse empujar por la fortuna. Se estaba preparando para ser hombre político; se casaría cuando quisiera, con una millonaria del otro lado del Atlántico, hija de un rey de cualquier artículo de comer ó de arder. Los casamientos con príncipes empiezan á no ser originales para las infantas del *dollar*: es de más

novedad comprar un apellido célebre. Este moctón iba á conocer ampliamente todas las grandezas que él sólo había entrevisto como fatigado explorador.

El padre y el hijo se mostraban siempre parcos en palabras. Pasaban largos ratos silenciosos, mirándose fijamente, y una lucecita blanca y danzante era la que hablaba por ellos en sus pupilas, con cariñosas inflexiones.

Los ojos del novelista adivinaron algo grave en los ojos de Heriberto. Tuvo el presentimiento de que una nueva fuerza iba á pesar en sus destinos. Se estrecharon las manos con ruda sacudida. «Te escucho», dijo el padre.

Y él habló con frialdad, como si contase una historia ajena y poco interesante. En la mañana anterior, al volver con varios amigos de un asalto de *boxe* sensacional, una procesión de mujeres les había cortado el paso, en el centro de Londres. Eran sufragistas; viejas damas de fervor agresivo y ojos iracundos; jóvenes melancólicas y de salud frágil que miraban como ovejas rabiosas. Dos bombos y varios pífanos sonaban incesantemente, y á su compás avanzaba la columna con la envidiable firmeza que proporciona la ignorancia del ridículo. Grandes tiras de lienzo entre dos palos ostentaban inscripciones: «¡Los hombres á la guerra!»

Una muchacha anémica y rubia, con impermeable viejo y los dedos usados—costurera ó dactilógrafa—, se había detenido ante el grupo de elegantes. «¡Unos *gentlemans* tan fuertes y hermosos!... ¿Por qué no estaban en el ejército? ¡Si ella fuese hombre!»

Se habían ruborizado ante estos ojos de admiración y de reproche, lo mismo que cuando hacían algo incorrecto al jugar, raqueta en mano, con una *miss*. Y después de consultarse con la mirada, se encaminaron al centro de reclutamiento más inmediato... Ya eran soldados.

El novelista vaciló sobre los pies. Esto, un leve estremecimiento de sus mejillas y el separar rudamente la pipa de sus labios, fueron los únicos signos de su emoción.

—¿Y has puesto tu firma?—preguntó intentando afirmar la voz.

—Yes.

—¿Y has jurado sobre los libros santos?

—Yes.

Dió unos cuantos pasos, sin saber lo que hacía. Indudablemente una nube acababa de pasar ante el castillo. Todo lo vió obscuro. Luego se dió cuenta de que estaba en un sillón, y su hijo, sentado enfrente de él, sonreía, con la rara sonrisa de los acontecimientos extraordinarios: intentaba animar á sir Horacio con el mismo entusiasmo que le había inflamado doce horas antes.

Su padre se preparaba á escribir hermosas historias de la guerra. El iba á hacerlas, á vivirlas.

Y el grande hombre, en todo aquel día y en los días siguientes pasados en Londres para despedir al voluntario, tuvo la vaga sospecha de que su hijo se consideraba superior á él.

□□□

La Agencia Walker Collins y C.<sup>a</sup> empezó á inquietarse. Iban transcurridas varias semanas sin que el eminente autor diese señales de existencia, como si no le importase cobrar sus papeles á peso de diamante. En vano sonaba el teléfono, en vano el agente tomaba el tren para visitar el castillo.

¡Escribir!... Sir Horacio no había hecho otra cosa en su vida, relatando con ardorosa facilidad las aventuras de los seres engendrados en su cerebro. Pero ahora la novela era de verdad; ahora, uno de los héroes que arrostraban peligros y vivían acechados por la muerte, era su hijo.

Se encerraba en el estudio, arremangándose los brazos como un obrero atlético y encendía pipa tras pipa. Todo inútil. «No puedo»—murmuraba ante las páginas en blanco. Al tomar la pluma le parecía que iba á realizar una vivisección, á hacer experiencias en la carne de su hijo. Además, le faltaba entusiasmo. ¿De qué servía él, fantaseador á tanto la palabra? El mundo nece-

sitaba ahora á otros hombres. El verdadero artista era Heriberto. ¡La acción!... Esto era lo hermoso.

Un día la maleta gloriosa emprendió el viaje á Londres. La casa Walker Collins y C.<sup>a</sup> sonrió beatíficamente por la boca de su director, al ver un paquete de papel en las nobles manos del novelista. Luego torció el gesto. Era un estudio sobre la guerra; un cálculo de esperanzas é inducciones.

—Sir: eso es para los técnicos, para los corresponsales anónimos que firman «Un testigo ocular». El mundo espera otra cosa de usted.

Y volvió á acosarle durante unas semanas, con el feroz impudor del empresario que no repara en las emociones y sentimientos del artista sometido á su explotación. Al fin la Agencia recibió por segunda vez la visita del bolso de cuero. Ahora contenía una novela, una verdadera novela de incertidumbre y de lágrimas, que turbó muchos sueños y oprimió muchos pechos. Miles de madres gimieron con más desesperación al ver reflejadas en el papel sus propias angustias.

—No es esto—clamó Walker Collins y C.<sup>a</sup> paseando á solas por su escritorio—. Las revistas se quejan. Todas las demandas en plaza son de energía, de relatos duros y brutales que fortifiquen el espíritu.

Y con la audacia del hombre práctico, capaz de soplar buenas ideas á un artista, visitó á sir Horacio en su castillo.

—Maestro: ¿si resucitásemos á Peter Carter?... ¿Si le hiciésemos marchar á la guerra como soldado?...

Peter Carter era el detective imaginario que había hecho la fortuna y la gloria de Watson. Este miró de pies á cabeza á su interlocutor, como si acabase de proponerle algo indecente.

—Se ha vuelto loco—clamó Walker al salir del castillo—. Le voy á poner pleito.

Pero una última esperanza le hizo insistir. Vigiló la vida del novelista por medio de sus criados, afirmándose cada vez más en la creencia de que tenía perturbadas las facultades mentales. Pasaba el día esperando la llegada de los periódicos para leerlos con avidez; iba tres veces por semana á Londres para visitar las redacciones mejor enteradas de los sucesos; se había ofrecido, con toda su gloria, para marchar á Francia como simple corresponsal de guerra.

Lady Watson iba abandonando sus gracias y mimos infantiles. Sentía cierto miedo ante el mutismo y las miradas inquietas de su ilustre esposo.

Una mañana Walker Collins y C.<sup>a</sup> recibió por teléfono la orden de presentarse en el castillo. Tal vez acababa de nacer la novela tan esperada durante un año. El grande hombre no le recibió en mangas de camisa, como otras veces. Iba vestido de negro y tenía la pipa fría y olvidada sobre la mesa: un motivo de inquietud. Lady Watson rondaba por las inmediaciones del estudio, con un descuido de traje y de peinado nunca visto en ella: otro motivo de inquietud.

—Señor—dijo el novelista mirando al suelo, como si no viese al recién llegado—. Nuestro contrato queda roto... Estoy dispuesto á pagar la indemnización que se me exija.

Walker protestó, amenazando con cifras fantásticas para vencer esta resolución.

—Es inútil. No quiero escribir más mentiras. ¡Ay, la vida! ¡Qué novelas las de la realidad!...

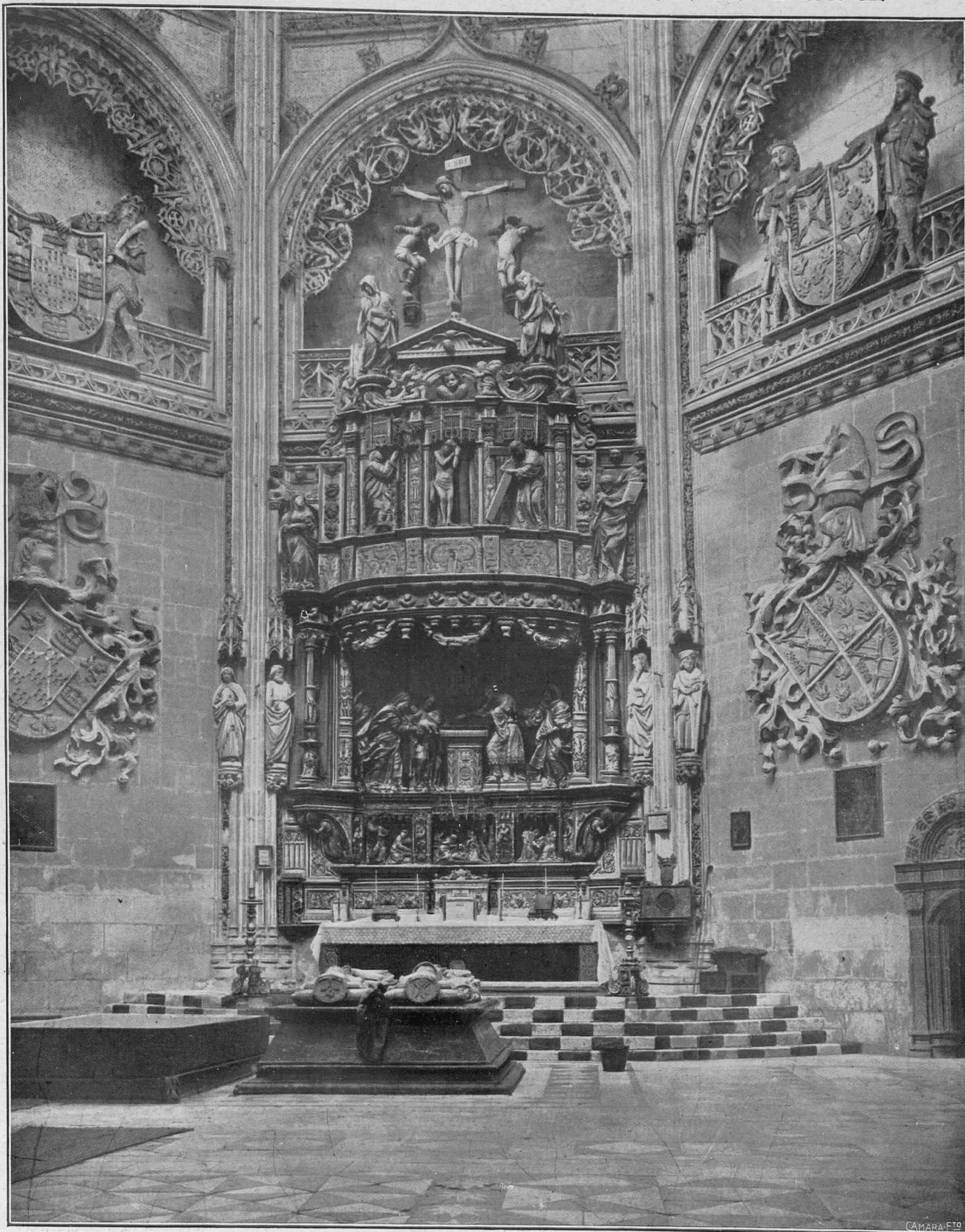
La voz pálida y monótona del grande hombre impresionó al agente. Se fijó por primera vez en su rápido aviejamiento. Habían pasado veinte años sobre él desde la última entrevista. Sus ojos inquietos, de un temblor acuoso, iban hacia la mesa, con atracción irresistible. El agente siguió esta mirada... Un papel; un breve despacho telegráfico:

«Teniente Watson, muerto.»

VICENTE BLASCO IBAÑEZ

DIBUJOS DE VARELA DE SELIAS

# ESPAÑA MONUMENTAL



CAPILLA DE LA PURIFICACIÓN Ó DEL CONDESTABLE, DE LA CATEDRAL DE BURGOS, VERDADERA JOYA  
DEL ARTE ARQUITECTÓNICO DEL SIGLO XVI

FOT. HIELSCHER

ATENE O DE  
BIBLIOTECA  
MADRID

CÁMARA FOTO

# SOÑABA EL POETA...



Soy dueño de un palacio de cristal,  
nimbado de la luz y del color,  
donde fulge, en su trono, el ideal  
que ofrenda sus blasones al amor;  
promete los encantos de un edén,  
venturas y reposo á mi inquietud,  
y es el arte su gala y su sostén  
y el genio soñador su excelsitud.  
Altiua residencia señorial,  
creada por la diosa Inspiración  
al beso de un radiante amanecer,  
como lírica flor de eterno Abril,  
saturando el ambiente de pasión  
se recrea la musa del placer...

Federico GIL ASENSIO

BARTOLZZI

DI. UJO DE BARTOLOZZI

# LA LEYENDA DE AMOR EN LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

DESPUÉS de los afanes del curso, y cuando estudiantes y profesores saborean la dilatada tregua de las vacaciones estivales, quiero contar un sencillo episodio de la historia del humanismo salmantino.

La Universidad de los teólogos argotistas, de los magníficos y estirados juriconsultos, de los soñadores astrólogos y pacientísimos escriturarios, tiene su leyenda de amor.

No es la leyenda de sus arriscados escolares, los bizarros mozos de toda España que bulleron en sus claustros. Está escrita en letras de oro, vive en las obras clásicas del teatro español y en la novela picaresca. Es en la suntuosa fábrica de las *Escuelas Mayores*, al lado de los emblemas pontificios, que son sus armas y ejecutoria, donde el Renacimiento labró la eterna tiranía del Amor.

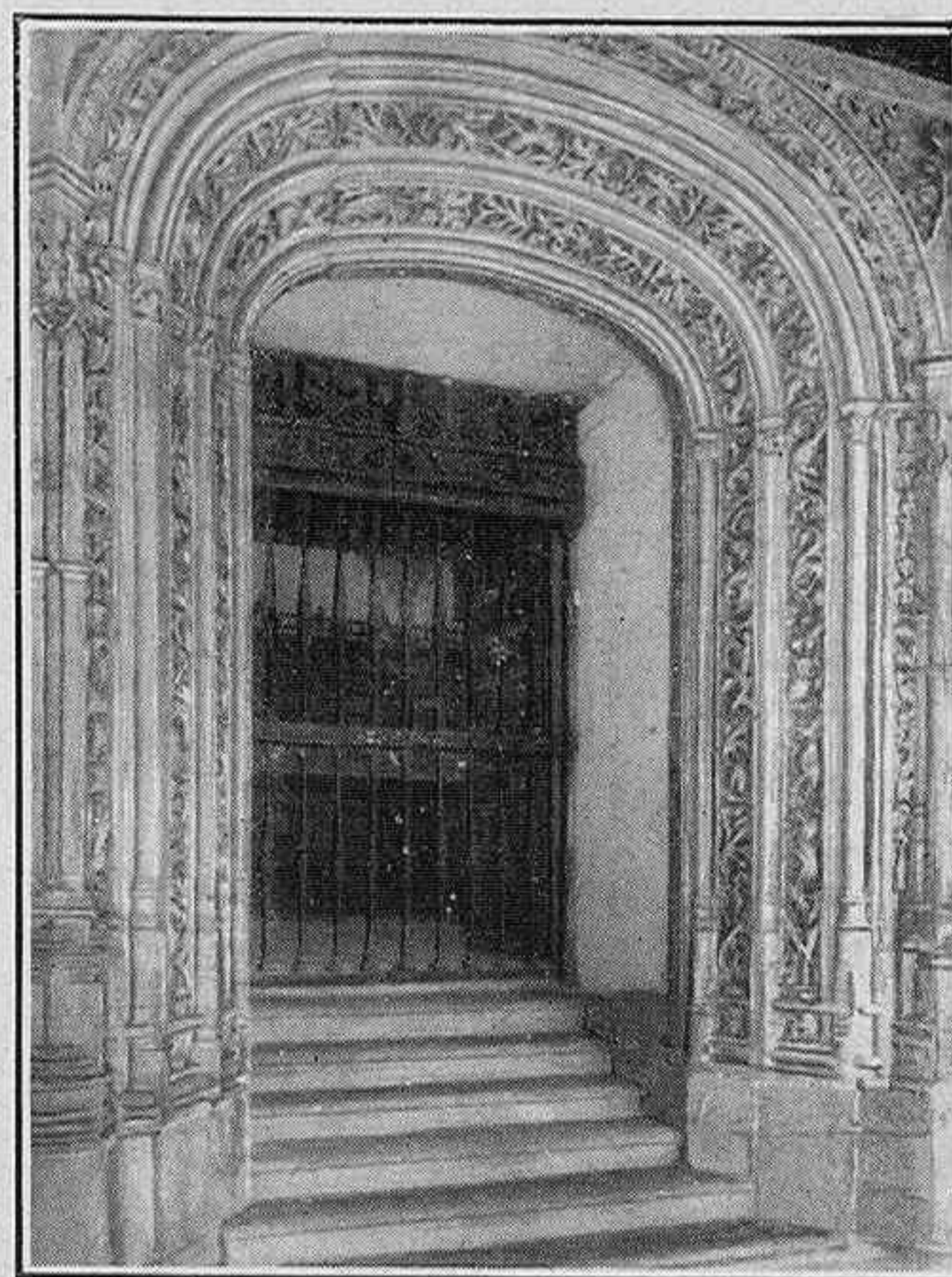
*Quis evadet*, ¿quién se escapará del Amor?

He aquí, lector, cómo expresó este pensamiento un artista todavía ignorado.

Fijémonos en el primer paño de este friso del claustro alto de la Universidad. A todo lo largo de él se multiplican los símbolos con representaciones gráficas entre cintas de palabras griegas y latinas que encubren pensamientos de nuestros humanistas del siglo XV.

Este relieve lo expresa en las dos escenas que aparecen separadas por el saliente vertical, enmarcadas ambas por las palabras latinas que se ven en la fotografía. En primer término se lee: *Quis evadet*, que podemos traducir: ¿Quién se escapará? A continuación una representación plástica: un amorcillo dispara su arco, y la flecha hiere un cielo de estrellas. Dos grupos de veste y dignidad diferentes; los de la izquierda, parecen cardenales, contemplan el prodigio del rapaz. El pensamiento todavía aparece evidente, como claro es su origen humanístico de los poetas clásicos: «El Amor hiere á las mismas estrellas». En la segunda escena, parece darse una contestación ó réplica de la primera; el propio amorcillo, con su escudero, presenta á un Rey sentado en su trono, un estandarte en el que se lee esta palabra: «Nemo»: *nadie se escapará del Amor*.

Pero si hasta aquí el símbolo gráfico y plástico es clarísimo, las palabras finales lo hacen enigmático. *Nemo vel dvo*. ¿Qué quieren decir estas palabras? Si interpretamos «nadie ó los



Puerta de la biblioteca de la Universidad, de elegantísima arquitectura gótica, con reja de finísimo repujado. Fines del siglo XV

dos», infringimos las más elementales reglas de la Lógica, pues negando en universal *nemo* no podemos admitir que haya *dos* que no estén sometidos al imperio del Amor.

Después de cuatro siglos, miles de estudiantes y turistas habrán querido descifrar el enigma. No trato de dar la solución exacta; pero si es invención, á lo que creo, de algún humanista de la época, podría explicarse estudiando el uso sintáctico de *vel*. Esta partícula, por razones que no son de este lugar, puede significar *ni siquiera*, y ejemplos de ello hay en el latín clásico. Atendido esto, podíamos interpretar todo de esta manera: «Nadie se escapará del Amor, ni siquiera estos dos, que son de piedra, el Rey y el escudero».

Respecto del artista, diremos llanamente que no lo conocemos: como tampoco se sabe quién

labró la fachada principal de la Universidad, digna de ser la puerta del Paraíso del Arte. Únicamente sabemos que por los años de 1475 trabajaba en las obras de la Universidad *Abraim moro*, á quien se le pagaron cuatro mil maravedís por lo que *había labrado en la librería*. El techo de la antesala de la Biblioteca es uno de los más maravillosos artesonados árabes que hay en España, y juntamente con los primorosos hierros de la puerta, de artística arquitectura, es lo más bello de esta vieja Escuela.

Por esta misma época se cantaba en Salamanca este villancico del músico y poeta Juan del Encina:

N'nguno cierre las puertas  
si Amor viniere á llamar,  
que no le ha de aprovechar.

En la Salamanca del Renacimiento, en la ciudad donde se escribió *La Celestina*, esta leyenda del claustro de la Universidad famosa es un nuevo testimonio del humanismo español. Con las doctas enseñanzas de los graves maestros, bebieron los estudiantes de antaño las frescas aguas de la poesía griega y latina. Esta divina poesía que los hizo soñadores, arriscados y que en sus almas prendiese el espíritu de aventura.

No solamente venían los estudiantes *A saber* *Salamanca*, según el viejo adagio; venían á bañar su espíritu en la apacibilidad de su vivienda, que enhechiza, como dijo Cervantes. Venían como el gentil D. Luis Pacheco, á ser amado por Isabel, la hermosísima Isabel, *la fille d' un vieux docteur en droit*. Isabel ha sabido que su amante acaba de llegar á Salamanca y manda á su paje para darle la bienvenida con un billete que dice: *Mais aimez vous encore Isabelle?*...

¡Isabel, Isabel!... De las páginas de la espiritual novela de Lesage te destacas aureolada por una luz blanca y suave que sale de tu linda cara. Isabel se llamaba, sin duda, la novia de aquel estudiante del cantar:

Crean mis padres que estoy  
estudiando en Salamanca,  
y estoy queriendo á una niña  
como la nieve de blanca.

ANTONIO GARCIA BOIZA



«Hasta dónde alcanza el amor», relieve del claustro alto de la Universidad de Salamanca. Fines del siglo XV FOTS. V. GOMBAU



LAS TROPAS DE RETAGUARDIA, INGLESAS, DESPEJANDO DE SUS ÚLTIMOS OCUPANTES ALEMANES EL PUEBLO DE MONTAUBAN

Dibujo de C. Clark

LAMARA 79

BIBLIOTECA MADRID

GENIALIDADES DE HOMBRES CÉLEBRES  
**LUIS XI DE FRANCIA**

**H**é aquí un Rey: Luis XI de Francia. Pocas vidas tan paradójicas como la suya son posibles, por las grandezas y las pequeñeces, mejor dijera ruindades, que la Historia le atribuye, fué, según un historiador tan imparcial cual compasivo, «más mentiroso que discreto, previsor menos por prudencia que por miedo; desconfiado de todos los hombres por creerlos semejantes á sí mismo; vengativo, pero prefiriendo las venganzas ocultas á los golpes de Estado».

Bárbaro y rebuscado en su crueldad, quiso que la sangre del desdichado conde de Nemours, su compañero de andanzas y alegrías juveniles, corriese, después de horrendo suplicio, por encima de los hijos de la víctima, atados al pie del cadáver. Igual desdicha cupo á la duquesa d'Armagnac, que vió á su esposo morir asesinado en sus propias rodillas. No satisfecho con ésto Luis XI, la hizo envenenar, y para que nadie pudiese contarle, por su orden el Cardenal Albi, á quien llamaban «el Diablo de Arras» muy mercedemente, mandó saquear é incendiar la población de Lectoure, donde la tragedia se había desarrollado, y degollar á sus moradores, de los que apenas si quedaron media docena entre hombres y mujeres por una verdadera casualidad. Pérfido y cobarde en sus resentimientos, se le atribuye el envenenamiento de su propio hermano. Su bufón—según cuenta Brantôme—le oyó rezar un día en Clery de esta suerte á Nuestra Señora:

«Buena Señora, amita mía, mi gran amiga en quien siempre confié, ruégote que intercedas para que Dios me perdone la muerte de mi hermano á quien he hecho envenenar por ese perverso abad de San Juan. Yo me confieso á ti como á mi buena abogada y dueña; pero también, ¿cómo lo hubiera yo pasado si no? No hacía él más que incomodar mi reino... Consigue, pues, mi perdón, que yo sé lo que te daré...»

Verdad ó mentira esta anécdota, lo cierto es que el monje envenenador, encerrado en una torre, desapareció una noche del modo más extraño. El carcelero dijo que había oído un gran ruido en el calabozo y que sin duda el diablo se había llevado al perverso abad... Y sabido es cómo se las componía Luis XI para deshacerse de quienes le guardaban un secreto.

Después de enterrados veintitrés de los primeros ciudadanos de Arras, á quienes había hecho decapitar por sospecha de serle infieles, mandó desenterrarlos, y á uno de ellos á quien ofreciera una plaza de consejero en el Parlamento de París, hizo por un capricho bárbaro que tocaran su cabeza con un bonete de escarlata forrado de armiño como lo llevaban los presidentes del Parlamento.

«Para que fuese bien conocida su cabeza la hice ataviar con un hermoso gorro, y está en el mercado de Herdin presidiendo—escribía luego á Mr. de Bressuire.»

Era profundo político, si se puede aplicar semejante calificativo á quien no firmaba los tratados sino para infringirlos; ni abrazaba á sus enemigos más que para ahogarlos. Sin embargo, la abolición de las pretensiones de Inglaterra sobre Francia, y el afianzamiento de su autoridad sobre los grandes vasallos, á los que redujo á una verdadera subordinación, le valieron el sobrenombre de Restaurador de la Monarquía. ¡También el de *muy cristiano*, que se había dado á muchos predecesores suyos por el Papa y el clero francés, se le dió á Luis XI! Y desde este príncipe se dió á todos los que le sucedieron y quedó el título como fórmula de las cartas apostólicas á los reyes franceses.

También en Luis XI se empezó á dar á los monarcas el título de Majestad, poco usado hasta entonces.

Bajo su reinado en 1470 se establecieron en Francia la imprenta y las primeras manufacturas de seda. Los primeros impresores establecidos en París fueron Ulric Gering, Martín Krautz y Miguel Friburger, impresores de Maguncia atraídos por los doctores en Teología Guillaume Ficher y Juan de la Pierre. Se alojaron en el Colegio de la Sorbona, donde instalaron su primer establecimiento.

Los libros eran entonces en Francia cosa tan rara, que Luis XI, para amprar á la Facultad de Medicina de París las obras de Rasés,

médico árabe, no solamente dejó en prenda una cantidad considerable de vajilla de plata, sino que se le obligó á dar en caución un señor en el acta por la cual se comprometía á devolver aquellos libros á la Facultad. Una curiosidad para orgullo de los españoles, sean ó no bibliófilos: se cree que el primer libro que se imprimió en París fué *El espejo de la vida humana*, de Rodríguez de Zamora, y dedicado al Rey. Ignoro si se imprimió en español ó en latín ó traducido con el título de *Miroir de la vie humaine*.

Las primeras manufacturas de seda en Francia nacieron en Tours, bajo la dirección de obros llevados de Venecia, Génova y Florencia.

En el orden religioso, durante 1472, Luis XI mandó que tocasen siempre á mediodía las cam-



LUIS XI DE FRANCIA  
según Dutillet

panas el *angelus* y que al oirlas, todo el mundo, rodilla en tierra, rezase tres veces el *Ave María*.

A todos los defectos que se le conocían hay que agregar el de una superstición ridícula por lo exagerada. Nunca quiso jurar sobre la cruz de Saint-Ló-d'Anger porque, aceptando una vieja creencia, estaba convencido de que seguía una suerte miserable á quien violase aquel juramento. Sus enemigos políticos se aprovecharon más de una vez de tan extravagante opinión para descubrir lo que más oculto tenía en su alma. Si al exigirle que jurase sobre aquella cruz se negaba se descubrían su falta de sinceridad y su propósito de no cumplir lo que prometía.

Había Luis XI creado los Parlamentos de Burdeos y Dijon y la Universidad de Bourges. No obstante lo cual, decía que tenía todos sus consejeros en su cabeza. El conde Dommartin, cabalgando un día con él, le dijo: «¡Cuánto admiro la fuerza prodigiosa de vuestro caballo!» Y como su regío interlocutor le preguntase el por qué, añadió: «Porque lleva encima al Rey con todo su Consejo».

La superstición proveyó á la historia—ó á la leyenda—de un episodio tan interesante como gracioso:

Un astrólogo que el rey mantenía á sus expensas predijo la muerte de Margarita de Saseña, á quien el rey había amado y quizá amaba aún sobre todas las mujeres; y como la predicción se cumplió, Luis XI dió orden de que prendiesen al augur y lo arrojasen por una ventana á una señal que él haría.

—Tú que pretendes saber tanto—dijo el rey al astrólogo así que le tuvo en su presencia—y

que anuncias la muerte ajena, dime cuál será la tuya y cuándo tienes que morir.

Sea que el astrólogo estuviera secretamente advertido del propio rey, ó presintiese lo que se le tenía preparado, ello fué que se aprovechó de la superstición de su dueño para librarse de sus iras.

—¿Que cuándo moriré?—dijo el astrólogo tranquilamente y sin dejar traslucir el menor asomo de espanto—. Sire, yo moriré tres días antes que Vuestra Majestad.

El monarca al oír ésto, teniendo sin duda presente la memoria de nuestro Fernando, el Emplazado, lejos de ordenar que arrojasen al augur por la ventana, mandó por el contrario que cuidasen de su vida y de su persona con tanto interés y celo como las del propio y cándido rey.

Cuando su cobardía se manifestó en todo su esplendor fué en los últimos meses de su vida. Por miedo á que atentasen contra él y le despojase del trono se encerró en su castillo de Plezsis-les-Tours, rodeándose de todas precauciones concebibles porque desconfiaba de todos, hasta de su propio hijo y heredero de la corona, y á todos hacía registrar antes de recibirlos para convencerse de que no llevaban armas.

Sin embargo, un hombre había que era libremente admitido á su presencia y tolerado y aun sufrido por muy impertinente que fuese: su médico Jaime Coittier. Inferfale á su augusto enfermo injurias tan graves que no las sufriera seguramente el criado de más baja estofa. El rey no sólo le sufría sino que le había regalado en cinco meses cincuenta y cuatro mil escudos mensuales, el obispado de Amiens para un sobrino y otros empleos y tierras para él y sus amigos. Si alguna vez se impacientaba é iba á dar rienda suelta á su enojo por la sumisión inexplicable en que vivía para su médico, él, el soberano de toda Francia sometido!, Coittier le tapaba la boca y le desarmaba con estas osadas palabras:

—Sí, ya sé que la mejor mañana me despediréis, como con otros muchos habéis hecho. Pero, ¡voto va!—y soltaba un trueno de juramentos y blasfemias—, que reventaréis ocho días después...

Lo que espantaba de tal modo el augusto ánimo, que Luis no paraba de adularle y regalarle espléndidamente.

Ya más muerto que vivo, y como no pudiese salir de caza, se le procuró el entretenimiento de cazar ratones. Para ocultar á todo el mundo la pérdida creciente de sus fuerzas, se vestía con trajes suntuosos, mandaba imponer castigos horribles para hacerse temer por cruel, por miedo á que le perdiesen obediencia, según decía él mismo, y para que se hablase de él dentro del reino y fuera, con objeto de que no se corriese la falsa noticia de su muerte y quisieran arrebatarse el poder, que se le iba de las manos mortales. Así se le temía más que nunca.

Para que en el extranjero le creyesen con salud cabal y plenitud de energías activaba más que nunca sus negociaciones con el resto de Europa; enviaba mensajeros á todos los países para comprar los animales más raros: perros, caballos, rengríferos y panteras.

En las postrimerías de su existencia le entró una imponderable devoción. Compraba las reliquias más raras y veneradas... Pero esta piedad falsa é hija del miedo nunca hizo brotar en su alma ni asomo de compasión hacia las víctimas de su perfidia. Las pocas veces que osaba pasear por su parque oía sin remordimiento confundirse los cánticos de los religiosos y los gritos de dolor de los ajusticiados. De éstos no libertó ni uno.

Cuando se le vió en trance de muerte, Jaime Coittier, su médico y casi su castigo, se fué derecho al rey, y sin ceremonia, compasión ni rodeo, como lo hubiesen hecho sus víctimas, se encaró con él y le espetó, palabra más ó menos, estas insolencias:

—Señor, no hay que hacerse ilusiones con este santo varón—por sí mismo—ni con nada de este mundo. Aquí no tenéis nada que hacer. Pensad en vuestra conciencia, porque no queda otro remedio...

No resignado aún le replicó el rey: —Dios me ayudará. Porque es posible que no esté tan grave como pensáis.

E. GONZÁLEZ FIOLE



BIBLIOTECA DE MADRID

MR

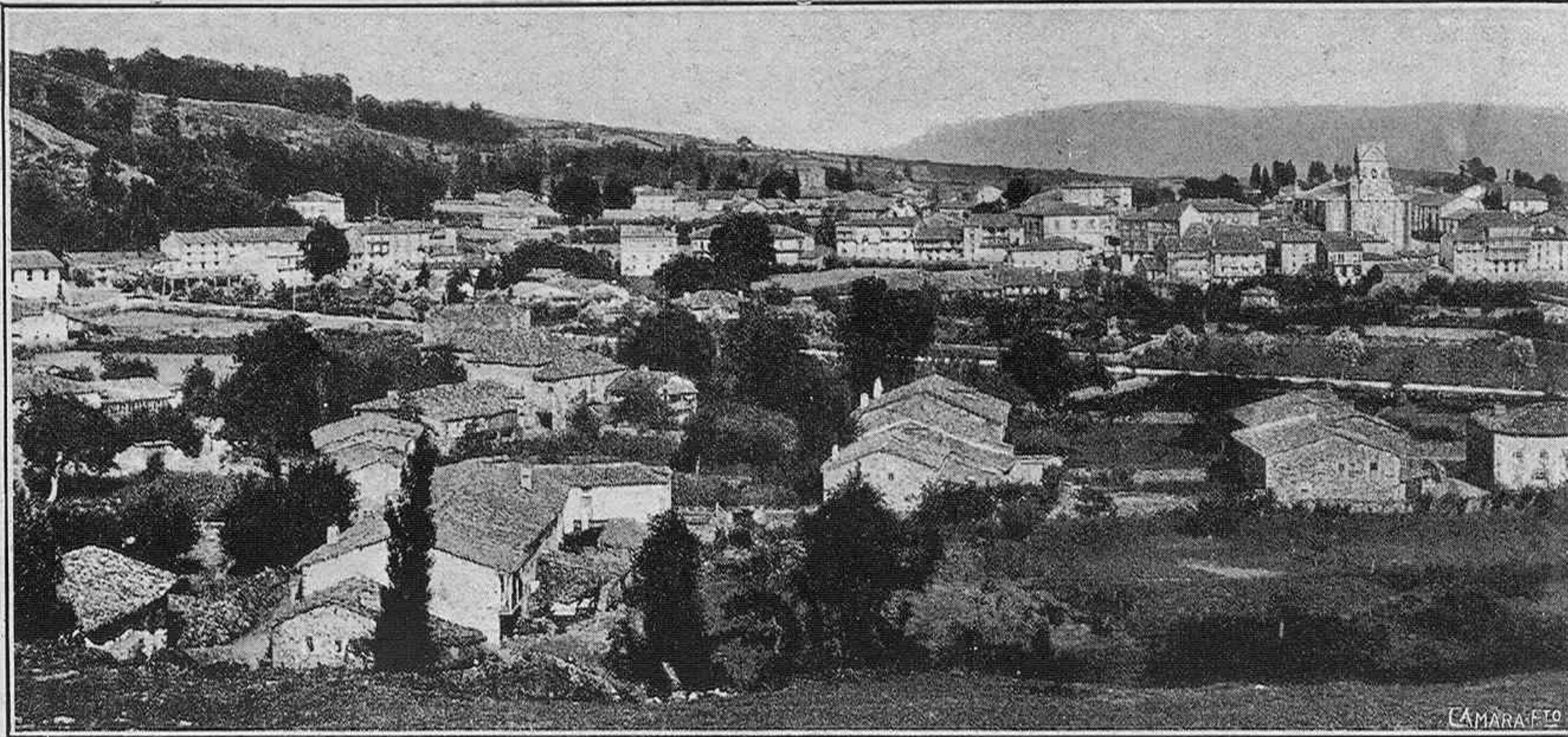
CÁMARA FOTO

ARTE MÓDERNO.—Es la gloria que pasa...

DIBUJO DE MÁXIMO RAMOS



# LOS MONTEROS DE ESPINOSA



Vista general de Espinosa de los Monteros

EN el origen de esta Real y benemérita institución hay mucho de leyenda y mucho de historia. Pero nosotros, fieles cronistas, ante todo, hemos de atenernos necesariamente á la historia, prescindiendo en absoluto de la leyenda, para no falsear la verdad.

Gobernaba el Condado y señorío de Castilla, que desde el año 1006 al 1024 le rindió vasallaje y que logró acrecentar con las conquistas de Sepúlveda, Osma, San Esteban de Gormaz y Peñafiel, alcanzando además brillantes victorias sobre las huestes agarenas en Córdoba y Toledo.

Muerto el conde Garci-Fernández á consecuencia de las heridas que recibiera luchando contra el moro en Alcete y Langa, su viuda, lejos de consagrar su existencia á rendir el merecido tributo á la memoria del caudillo, mancilló su nombre con una pasión afrentosa que pudo ser causa de gran entorpecimiento á la obra de la Reconquista felizmente iniciada por Pelayo en las abruptas montañas de Covadonga.

Todas cuantas tierras había conquistado el conde Garci-Fernández, y lo que su hijo, Sancho, valeroso continuador de su obra, la condesa doña Aba trató de regalárselo al rey moro de Córdoba, Mahomed Almonadio.

Y así hubiera ocurrido si no hubiesen dispuesto lo contrario el valor heroico y la acrisolada lealtad de uno de los servidores de Sancho García.

Uno sus más fieles servidores, sin medir las consecuencias y los riesgos que pudiera atraer sobre sí, puso en conocimiento de su señor que su madre, la condesa doña Aba tenía el propósito de envenenarle para quedar en completa li-

bertad de dar rienda suelta á sus livianos amores y cumplir el ofrecimiento hecho al rey moro de Córdoba.

Al regresar D. Sancho una tarde de una cacería, pretextando mucha sed, pidió un vaso de agua. Acudió solícita la condesa, presentándole una copa de agua clara y transparente, pero en cuyo fondo se ocultaba traidoramente la muerte.

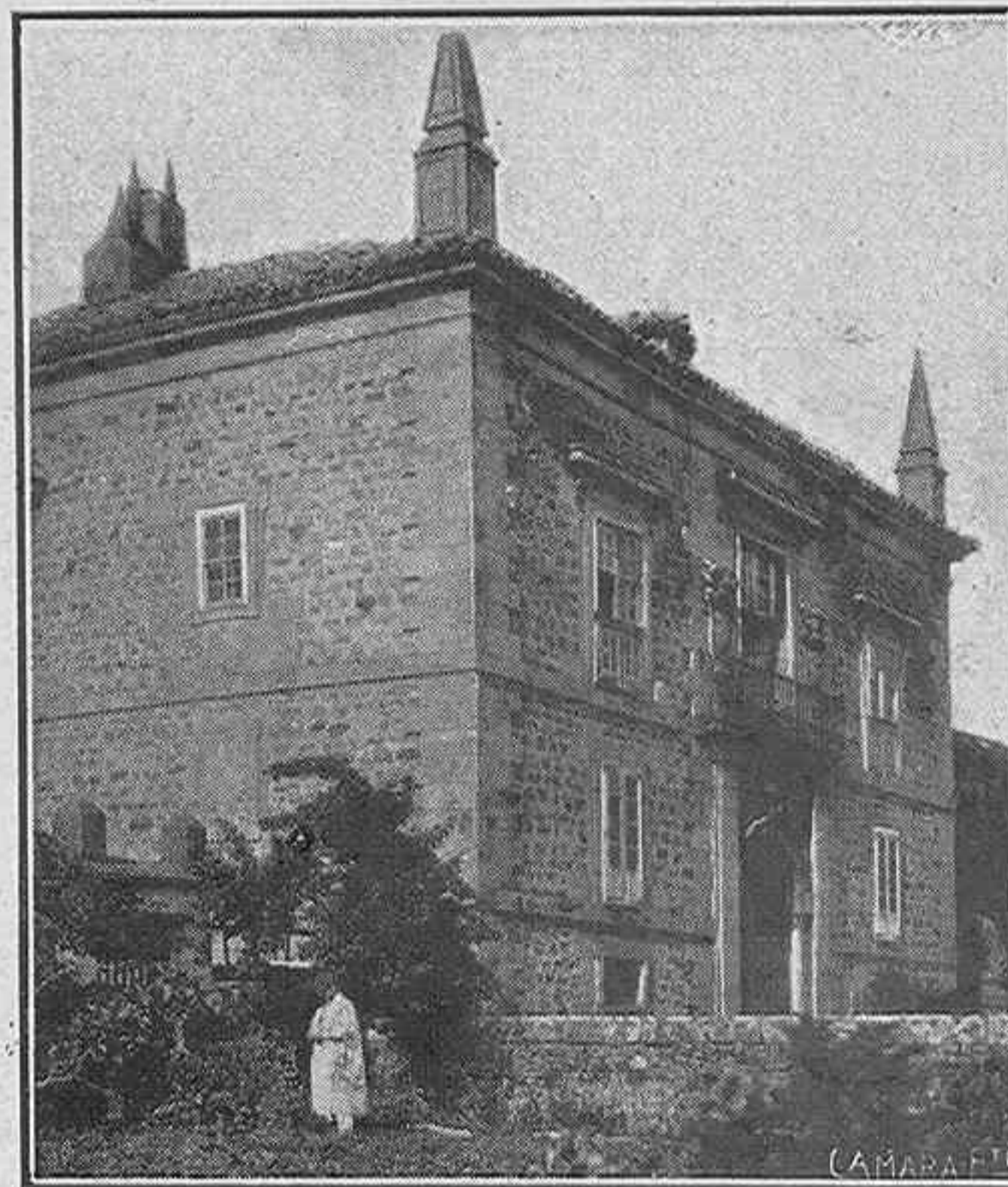
Negose D. Sancho á beber, invitando á su madre á que lo hiciese primero. Rechazó la condesa la invitación; pero D. Sancho se lo ordenó imperiosamente y ella no tuvo más remedio que cumplir el mandato, apurando de un sorbo el contenido de la copa, sufriendo inmediatamente sus mortales efectos.

Estaba convenido entre el rey moro y la condesa en que ésta le anunciaría la muerte de su hijo mandando arrojar sobre las aguas del río grandes haces de paja. Dispuso D. Sancho que se hiciese la señal convenida y al mismo tiempo ordenó á sus bizarras tropas que se aprestasen al combate, emboscándolas hábilmente.

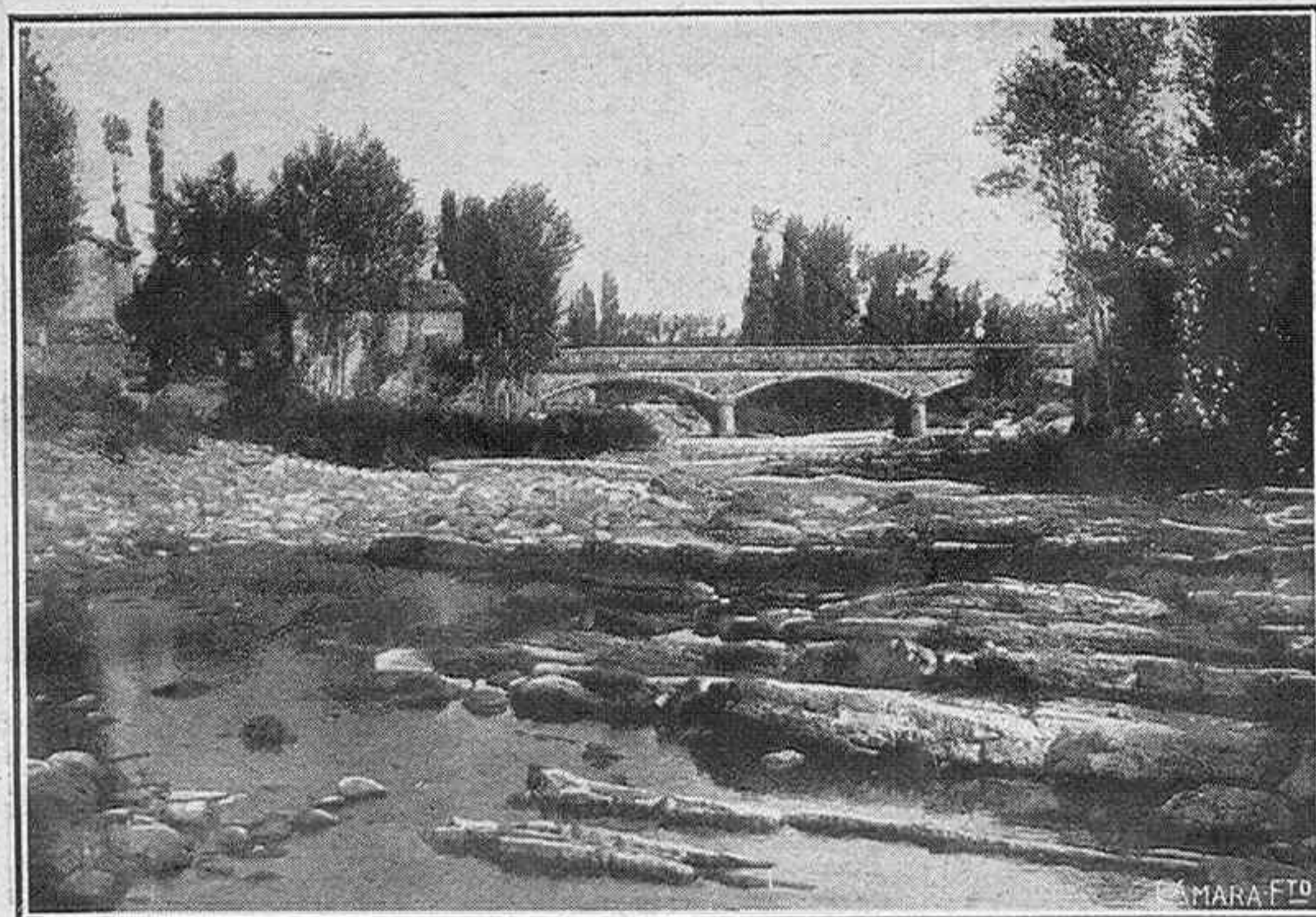
Vista por Mahomed la señal, lleno de júbilo, avanzó cautelosamente, viéndose de improviso acometido por Sancho García, poniendo en desordenada y vergonzosa fuga los dispersos despojos de sus huestes.

Las tropas de D. Sancho, ciegas por el triunfo, avanzaron denonadamente, y aquel mismo día la bandera castellana flotó sobre los muros de San Esteban de Gormaz, morada del rey moro, que pereció en el combate con la flor de los caballeros de su corte y lo más escogido de sus hombres de guerra.

Y cuenta la historia que, durante lo más en-



Palacio de las Cuevas de Velasco, en Espinosa de los Monteros



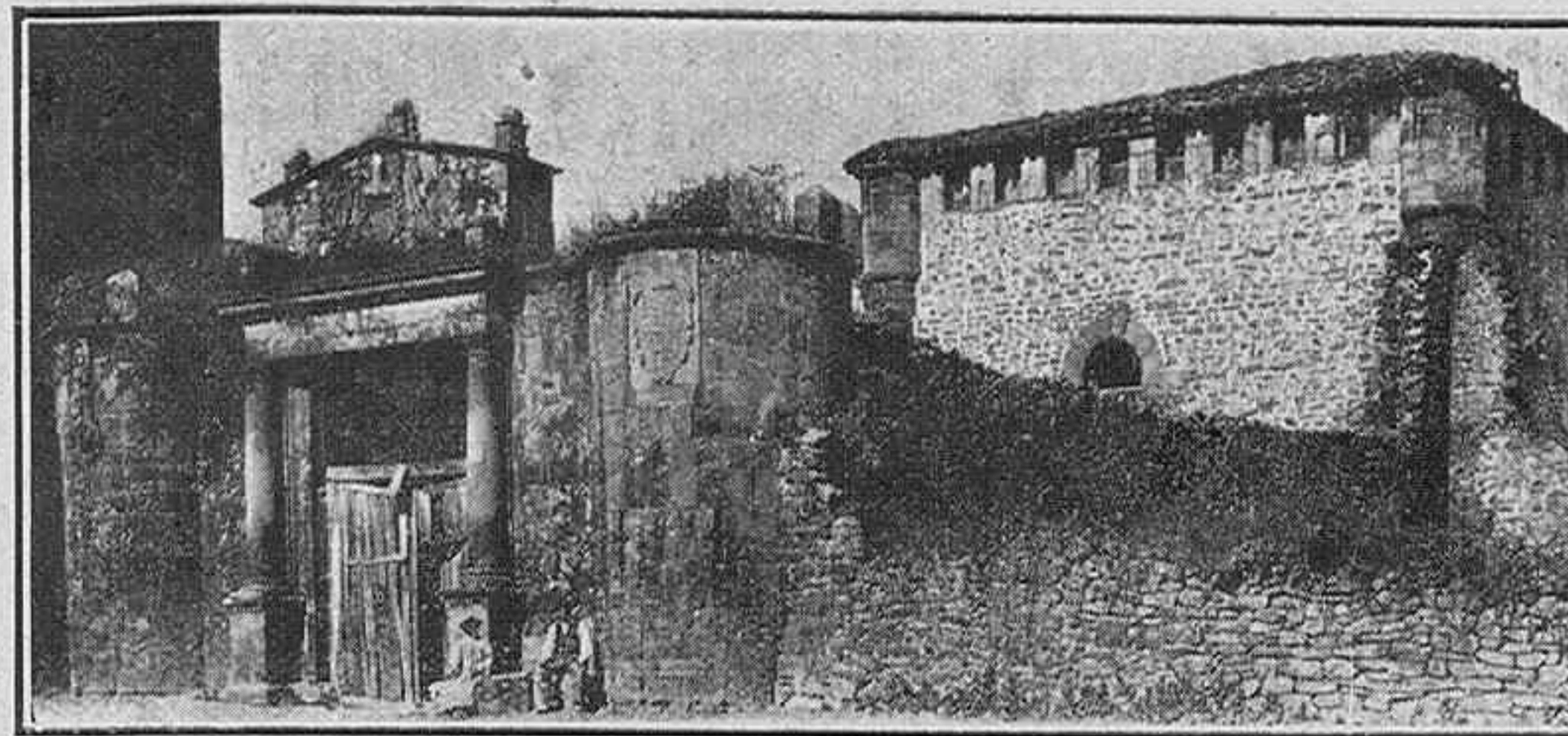
El puente sobre el río Trueba, en Espinosa de los Monteros



Calle del Progreso, en Espinosa de los Monteros



Una torre ilustre, en Espinosa de los Monteros



Palacio antiguo, en Espinosa de los Monteros

carnizado de la batalla, Sancho, el leal servidor de Sancho García, el que le dió aviso del siniestro plan que contra él se fraguaba, permaneció constantemente á su lado, sirviéndole de escudo.

Este Sancho era natural de Espinosa, villa de la provincia de Burgos, partido judicial de Villarcayo.

Sancho García, ya conde de Castilla, para perpetuar la hazaña de su leal servidor, dispuso que Sancho y otros cuatro individuos más, también naturales de Espinosa, velaran constantemente su persona, dándoles heredamiento en la citada villa y á sus descendientes títulos y empleo de guardias de su persona.

ooo

La Real institución de los Monteros de Espinosa siguió todos los accidentes de los reinados de Castilla, y en 1208 aquel gran rey que se llamó Alfonso VIII mandó se hiciese pesquisa de los verdaderos solares de la villa de Espinosa, cuyos propietarios tenían el derecho de guardar por la noche al rey donde quiera que se encontrase. Este documento, que se conserva debidamente y está signado, señala la descendencia de los primeros Monteros y es de notar que no obstante el tiempo transcurrido aún se conservan algunos de los referidos solares, como los del conde Pelayo y el de Azcona.

Carlos V reconoció á los Monteros todos sus derechos y privilegios, complementando su uniforme con una elegante charretera en el hombro derecho, idéntica á la que por entonces usaban los capitanes.

La Casa de Borbón utilizó constantemente los servicios de los Monteros. Cuatro de ellos acompañaron á Francia á la reina doña Isabel en 1868 y dos velaron su sueño en el castillo de Pau, que había pertenecido á Enrique IV, rey de Navarra.

Primeramente los Monteros fueron cinco; en la época de la pesquisa alcanzaron la cifra de veintitrés; los Reyes Católicos elevaron el número á setenta y seis, y la Casa de Austria los redujo á cuarenta y ocho. Los Borbones conservaron veinticuatro, y la reina Isabel, diez.

ooo

En la actualidad prestan servicio doce Monteros, que son: Don Leonardo Sáinz de Baranda, diputado primero.

Don Pedro López Cobo, diputado segundo.

Don Francisco Sáinz de la Maza, secretario.

Don Alfredo María de Rada.

Don Rufino Pereda Merino.

Don Lorenzo Sáinz de la Maza.

Don Ricardo Arroyo y del Corral.

Don Blas Santayana.

Don Eusebio Zamora Villasante.

Don Zacarías Martínez de Setiém.

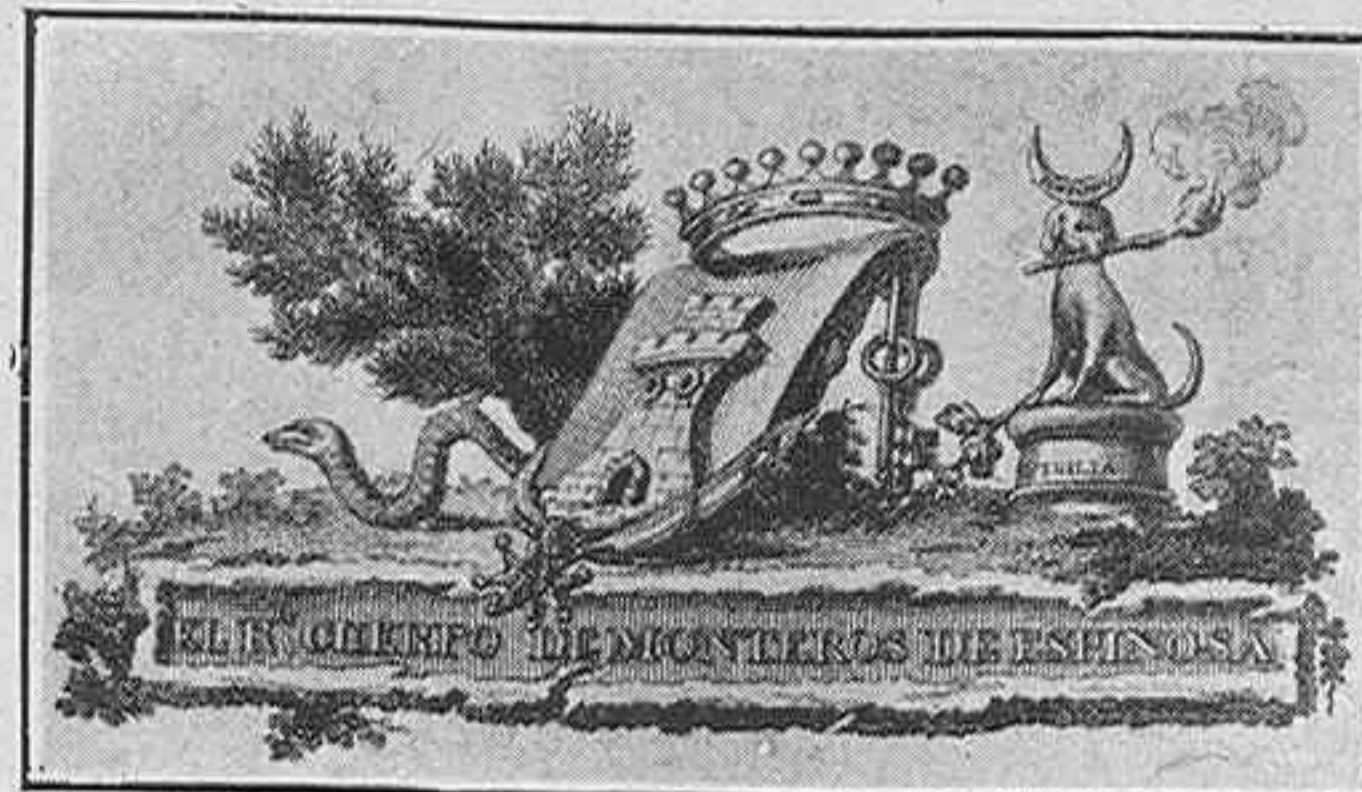
Don Juan Fernández Villa; y

Don Valeriano Arce Villasante.

Las mercedes y distinciones otorgadas á los Monteros han sido muchas é importantes. Por intervención del primer Montero eximiéronse los nobles de ir á la guerra sin sueldo, como así mismo del pago de cinco maravedises que cada hijodalgo tenía que satisfacer no for-



D. LEONARDO SAINZ DE BARANDA  
Primer diputado de Monteros de Espinosa



Escudo del Cuerpo de los Monteros de Espinosa,  
primera guardia de S. M.

mando parte de la hueste. Las mercedes otorgadas á los Monteros se hicieron extensivas á la villa de su nacimiento. Entre los varios privilegios que fueron concedidos á Espinosa figuraba el de que los judíos y nuevos cristianos no pudieran permanecer en su recinto más que un día natural, aunque fuese con el pretexto de vender mercaderías.

También algunas damas de la más rancia nobleza castellana dispensaron á los Monteros su más decidida protección. Doña María Ana de Córdoba y Aragón, dama de la reina doña Ana, fundadora del convento de la Encarnación de Madrid, les concedió en dicha iglesia una capilla para que les sirviese de enterramiento, como también á sus esposas é hijos.

La mencionada capilla ocupaba el lugar en que actualmente se halla el salón de sesiones del Senado, bajo cuyo piso reposan los restos de muchos Monteros. Cuando el Estado se incautó del convento é iglesia de la Encarnación lo hizo asimismo de la capilla, sin abonar en cambio indemnización alguna, no obstante el cuantioso valor que representaba.

ooo

En lo que respecta á la denominación de Monteros no están conformes todos los autores. Hay quien da por seguro que Sancho el de Espinosa se apellidaba Montero, y otros sostienen que el tal Sancho ejercía las funciones de montero cuando su señor se entregaba á los placeres de la caza.

El Real Cuerpo de los Monteros se rige por unas ordenanzas que fueron aprobadas por don García de Toledo, mayordomo mayor que fué de la princesa doña Juana, más tarde Gobernadora del reino.

Hasta el tiempo de los Felipes hacíase el despejo por un mayordomo de semana y dos Monteros.

Los Monteros, durante las horas de su servicio, tenían derecho á visitar los aposentos, á cerrar las puertas y guardar las llaves, á matar á quien hallasen á deshora en palacio, á no explicar debidamente su presencia, y en ocasiones podían cerciorarse de si el rey estaba acostado, para encargarse de su custodia.

Quando muere un rey los Monteros le dan la guardia aún con más cuidado que cuando está vivo, y ellos son los que entregan su cadáver á los monjes de El Escorial, bajo el triple juramento de que aquel cadáver es efectivamente el del soberano.

En los funerales y solemne procesión que precede al enterramiento, los Monteros son portadores de los atributos de la Monarquía, y ellos también son los que llevan las cintas del féretro, que á nadie se permite tocar.

Esta secular institución ha sido respetada por todas las dinastías que han regido los destinos de España, y, no obstante las frecuentes mudanzas del gobierno interior de la Real Casa, los Monteros han representado constantemente la tradición gloriosa de Castilla, siendo, al propio tiempo que venerandos recuerdos de lejanas épocas, depositarios de la antigua y acrisolada lealtad castellana en la presente.

MANUEL SORIANO



Palacio de Chilochech, en Espinosa de los Monteros

BIBLIOTECA  
MADRID



## POR LA TIERRA ANDALUZA CONTRASTES

JUAN.—Hay dos maneras de ver este patio de esta posada andaluza. A la luz del sol y al fulgor de la luna.

ANTONIO.—No sólo este patio de esta posada... Casi todas las ciudades españolas, tan viejas, parecen opuestas á sí mismas, según la hora en que se las examine...

JUAN.—El solazo convierte una plaza de históricas piedras ibéricas en una olla donde hierven en el aire caliente, como en un caldo grasiento, las diversas gusaneras de la antigua picaresca nacional...

ANTONIO.—Y de noche triunfa la otra tradición nuestra, la de capa y espada, la de vihuela, la de coloquios suspirados.

JUAN.—¡Qué diferencia entre caminar una tarde por el claustro de la Universidad salmantina, ó detenerse bajo el plenilunio á contemplar la casa de Monterrey! Durante el día huele la atmósfera al sudor de aquel manchegazo que frecuentaba las aulas en los tiempos del Buscón Pablos, tufo, por lo demás, muy castizo...

ANTONIO.—Y así como el cielo, al obscurecerse, se llena de estrellas, y las esquinas encendían sus retablos, diríase que las novias—doña Elvira, doña Sol—no despertaban en Salamanca hasta después del toque de ánimas.

JUAN.—Volvamos á la posada malagueña... A la luz solar, se ha entibiado el pavimento y las paredes no ocultan ninguna de sus roñas... Es demasiado, es anonadante, el realismo del corral... Huelen las cuerdas, se difunde el vaho del perol, pululan las gallinas, ahora ha salido una comadre panzada y descarada, que va á tender sus refajos recién lavados, con sus colorines...

ANTONIO.—Es la hora arrieril y de Sancho Panza... El ambiente convida á la reflexión bajuna y egoísta, á la marrullería parda, al claro concepto de las mezquindades terrenas, á desear antes que nada el gazpacho fresco... y un trago de vino ardoroso...

JUAN.—Al fulgor de la luna, se baña el patio en una espectral claridad verdosa, como sumergido en un estanque de ensueño... Semeja plateada filigrana la hojarasca del laurel que hay en un rincón... Todo duerme, y acaso en el campo, allí cerca, canta un ruiseñor... En la vivienda se obstina en no apagarse una ventanita, la del cuarto que ocupa un viajero misterioso que llegó al anocheecer... Es cuando los espíritus hacen su jornada, aprovechando el reposo de los cuerpos fatigados...

ANTONIO.—Y si ocurren escenas de la picaresca, son de otra índole, más arriesgadas, con

cierta gallardía... Lo que va de Rinconete, con sus naipes señalados y traidores, á José María el Tempranillo, con su trabuco, que parecía estar cargado de onzas...

JUAN.—Casi no tienen relación las dos Españas, la solar y la lunática.

ANTONIO.—Misterios de la psicología nacional que han contagiado á la tierra, ó al revés... Falta el transcurso sentimental...

JUAN.—Como faltan las nieblas, que no las consienten nuestros cielos cristalinos, tan brillantes y de tanta dureza.

ANTONIO.—El día, en las legítimas comarcas hispanas, es como un jaque muy terne, con el orgullo de un rey, bajo sus harapos, tramposo como un gitano, filósofo de la miseria y el *far niente*...

JUAN.—La noche es una hembra, toda instinto y arrullos, que tiene el corazón tornasolado como el buche de las palomas.

ANTONIO.—El sol de oro.

JUAN.—Y la luna de plata.

ANTONIO.—Y contra un alma de cobre, una de cristal.

FEDERICO GARCIA SANCHIZ

LA ESFERA

# ARTE MODERNO



TIPOS CASTELLANOS, cuadro de José Loygorri

ATENEAS  
BIBLIOTECAS  
MADRID

CAMARA-F19



Puente romano y valle del Sella, en Cangas de Onís (Asturias)

FOT. HIELSCHER

## RINCÓN ALDEANO

Cuando los tallos eran crecidos y fuerte el sol y pasaba con holgura el río bajo el sólido puente, entre los álamos y las crecidas matas de tojo, llegaron á la aldea gentes de la ciudad. Llegaron unas jovencitas bulliciosas, con blancos trajes siempre visibles en inquietud sobre el verdor de los campos; y unos señores que paseaban gravemente por el andén, bajo la amplia protección de sus sombreros de paja; y unas matronas que chillaban ante los lagartos y que subían fatigosamente por los estrechos caminitos en cuesta... En el caserón señorial enclavado en un cerro abriéronse las ventanas y las puertas como se abren los ojos y la boca de la fiera que pasó los fríos invernales aletargada en una gruta del monte.

A la caída de la tarde, la gente ciudadana se reúne en el apeadero, junto al edificio diminuto pintado de gris, como un juguete. Cuando pasan los largos convoyes se alinean los paseantes para mirar. Entonces el jefe va y viene, con un gesto preocupado, diligente, escrutador, con la campanilla cogida por el badajo, consciente de su condición importante entre la colonia veraniega, él que es dispensador de mercedes, que puede hacer marchar el tren antes de que la criada de los de X baje del vagón todos los bultos traídos de la ciudad, que puede influir en el retraso de los periódicos salvadores del tedio...

Cierta día, en uno de los bancos pintados de verde que hay en el andén, aparecieron dos desconocidas. Una era una mujer madura ya, flaca, pequeña; otra una joven espigada, de quebrado

color. Ambas vestían de luto; ambas tenían una triste apariencia; ambas estaban silenciosas y bajaban los ojos cuando el mirar de los veraneantes se detenía en ellas. El primer día, el jefe del apeadero contó que habían llegado en el tren de la mañana; traían un solo baul; no habían alquilado casa alguna: se hospedaban en la humilde vivienda de Juana la lechera, y ellas mismas hacían su yantar sobre la leña ardiente. Después se supo que eran la mujer y la hija de un empleadillo. Estaba enferma la joven; era la mayor; en la ciudad quedaban tres hijas más; por otra llevaban sus vestidos de luto. Ahora habían hecho un esfuerzo para procurar á la doliente aire puro y sol y alimentos sanos... La madre suspiraba muchas veces pensando en los que quedaban en la ciudad, sacrificados, reducidos á privaciones...

Pasaban las tardes en su banco, bajo la sombra de los árboles, sin hablar. La joven parecía constantemente abismada en la contemplación de aquella vida nueva, de la amplitud de los cielos, del rum-rum de los insectos en el anochecer, de las ondulaciones de los trigales, de la neblina que se alzaba sobre el río al caer la tarde y se desvanecía cuando ya había vuelto á surgir el sol. Su mirada tenía siempre una abstracción contemplativa. A veces susurraba la madre junto á ella:

—No debías estar así. Estas otras muchachas corren y ríen. Tú debías ser su compañera.

Y ella, acobardada, uníase más, en el banco, á la madrecita pequeña y triste.

Una vez fué la madre la que intentó romper su aislamiento. Sentose en el banco donde reposaban las graves matronas. Estuvo largos instantes oyéndolas, con sus manos cruzadas sobre el regazo y una sonrisa de aprobación sumisa en la mustia boca. Ella fué la primera en acudir á un niño que había rodado por la arena del andén, y en sacudir su traje. Después, con blanda voz temerosa, elogió la belleza del infante. Luego habló de los suyos, retenidos en la ciudad, porque ¡es tan cara una casa en la aldea!...

—Además... tienen que cuidar del padre. Tengo una hija de catorce años que es la que hace mis veces.

Brindó aún, con enternecimiento, un detalle más:

—Sabe hacer la comida.

Las señoras callaban, abanicándose. La enlutada calló también. El grupo de jóvenes vestidas de blanco acercose con algazara porque ya se sentía á lo lejos el acezar del tren. Y, al verlas próximas, el señor del pazo las detuvo:

—¡Eh!... no os acerquéis allí. Esa mujer de los tacones torcidos ha prendido la hebra de la charla. No se sabe quién es esa gentuza.

Y las dos mujeres enlutadas volvieron á quedar solas en aquella calma de la aldea que entonces llenaba como un laido el rumor del tren aún visible. El mismo jefe del apeadero, al pasar, fingió no verlas...

W. FERNÁNDEZ-FLÓREZ